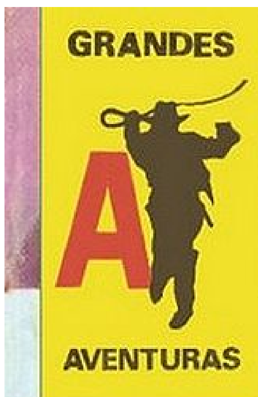
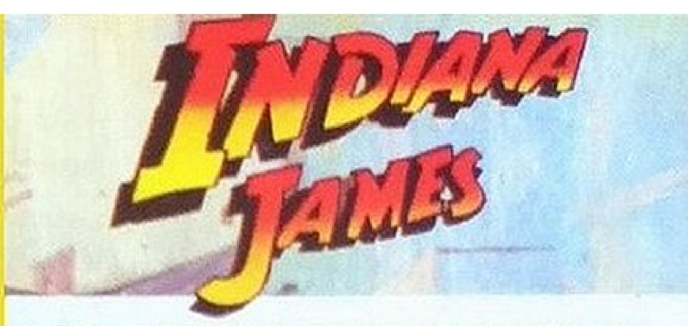




LAS MIL Y UNA DACHAS

Cualquier sitio es bueno para aterrizar después de haber dejado caer una bomba atómica sobre el Océano Atlántico, donde no puede hacer daño a nadie.

Y si ese sitio bueno para aterrizar, se llama Marrakesh, es mucho mejor.

Marrakesh es una ciudad donde suelen acudir los turistas, lo que significa que hay una aceptable instalación hotelera. Digámoslo claro: camas sin chinches y duchas con agua fría y caliente.



Indiana James

Las mil y una dachas

Bolsilibros - Indiana James - 50

ePub r1.0
LDS 01.06.18

Título original: *Las mil y una dachas*
Indiana James, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Cualquier sitio es bueno para aterrizar después de haber dejado caer una bomba atómica sobre el Océano Atlántico, donde no puede hacer daño a nadie.[1]

Y si ese sitio bueno para aterrizar, se llama Marrakesh, es mucho mejor.

Marrakesh es una ciudad donde suelen acudir los turistas, lo que significa que hay una aceptable instalación hotelera. Digámoslo claro: camas sin chinches y duchas con agua fría y caliente.

Jim Tonic necesitaba una buena ducha. Desde el momento en que se había enterado de que yo llevaba una bomba atómica entre mis ropas, hasta que la habíamos dejado caer sobre el mar, no había cesado de sudar: su frente parecía una viva reproducción de las Cataratas del Niágara. Y su boca había quedado tan seca como el Desierto del Sahara, después de un par de siglos de sequía total y absoluta.

Yo también necesitaba una ducha… Y un chorro de *bourbon* perdido entre una inmensidad de cubitos de hielo… Y una chica guapa que estuviera dispuesta a entretenerme y hacerme olvidar todo lo que acababa de ver y…

Todas mis necesidades podían quedar cubiertas en Marrakesh: está situada en el interior de Marruecos, no muy lejos del mar, pero en el interior.

Cuando divisamos las costas africanas desde nuestro avión, el indicador de combustible nos avisó de que el motor estaba a punto de quedarse sin trabajo por falta de materia prima.

—Creo que sería conveniente que buscáramos un aeropuerto que estuviera más próximo… —le dije a Jim.

No me miró. Se limitó a mascullar entre dientes.

—Si has dicho que en Marrakesh hay buenos hoteles, buenas mujeres y buen alcohol… ¡Vamos a Marrakesh!

—Sí, pero el combustible…

—Si es necesario llegaremos planeando. —Zanjó la conversación.

Fue necesario: llegamos planeando.

El aeropuerto de Marrakesh no es, todavía, uno de esos modernos y complicados espacios, donde hay que tomar una vertical determinada, esperar hasta que te dan permiso desde la torre de control, aproximarse a la pista desde unas coordenadas muy precisas…

O quizá sí que es necesario hacer todo eso y se trata de un aeropuerto muy moderno.

Nos quedamos sin saberlo, porque Jim conectó con la Torre de Control y dijo:

—Estamos sin gasolina. Vamos planeando. Pensamos aterrizar allí abajo. No necesito ningún tipo de instrucciones ni consejos. Soy yo quien va a darlo:

¡¡¡Apártense que vamos!!!

Si alguien no se apartó fue un inconsciente.

Al igual que un avión de papel confeccionado por un niño inexperto, nuestro gran «Dakota» se lanzó sobre la pista a tumba abierta.

Vimos correr, alejándose, a todo el personal de pistas, desde los guías de banderas, hasta los bomberos, que deberían de estar allá abajo, aguantando el tipo, para salvamos…

Si nos pasaba algo, no quedaría ni una sola persona para recoger nuestros huesos.

El avión cayó en barrena, como si pretendiera clavar su morro en el duro asfalto.

Yo cerré los ojos, para no ver el choque contra el suelo, y tengo la sospecha de que, al menos por unos segundos, Jim hizo lo mismo.

Lo primero que vi al abrirlos fue la Torre de Control frente a nosotros.

—Cuidado que… —No pude terminar la frase. Un brusco golpetazo me lanzó contra el techo de la cabina.

Aunque pareciera imposible, acabábamos de tomar tierra.

Pero, llevado por su inercia, nuestro «Dakota» seguía su carrera.

A Jim le costó un tremendo esfuerzo lograr que no chocásemos con la Torre.

Pero el volantazo que desvió al avión, también lo lanzó contra otros que se hallaban allí aparcados.

—Agárrate. —Me dijo Jim—. Este cacharro no frena y vamos a tener que hacer un poco de «slalom», otro poco de «*dribling*», y algo de contorsionismo.

Había media docena de aviones aparcados, además de un par de autobuses, tres coches cisterna de los bomberos, varios *jeeps* con letreros de FOLLOW ME…

No sé cómo lo hizo, pero Jim lo consiguió. Pasamos entre todos ellos sin escuchar ese ruido ensordecedor que anuncia el desastre.

Salté hacia el techo, caí boca abajo, aparecí sentado en un hombro de Jim, me vi con las piernas colgando fuera de la ventanilla…

Cada golpe de volante de Jim, yo me veía zarandeado como una bola dentro del bombo de la lotería.

Pero al fin dominó el avión.

Lástima que yo tenía las manos ocupadas en sujetarme para no caer desde el techo de la cabina, porque de haberlas tenido libres, me las hubiera roto aplaudiendo.

Jim se quitó la gorra, se sacudió una invisible mota de polvo de su cazadora y dijo:

—¡Vaya viajecito! Creo que me he ganado un trago…

Cuando descendimos del aparato, nos esperaba un «Comité de Bienvenida»: un buen número de Policías apuntándonos con sus pistolas, un montón de funcionarios de aduanas amenazándonos con sus formularios, varios altos mandos del ejército dispuestos a dispararnos obuses, sanitarios listos para inyectamos tranquilizantes…

Cayeron sobre nosotros como una plaga de langostas lo haría sobre un ciruelo en medio del Sahara.

—Tranquilos… —gruñó Jim, haciendo gala de su mejor sentido del humor—. Habrá autógrafos para todos…

Aunque parezca imposible, había varias personas que deseaban la firma de Jim.

Lo malo era que deseaban verla en uno de esos complicados formularios en los que el firmante se acusa de haber cometido todo

tipo de delitos dentro de los límites del aeropuerto.

Jim se escabulló diciendo:

—No vengáis a por mí… ¡Ése es el héroe del día! «Pájaro suicida» le llamamos los colegas… ¡No hay aterrizaje, por difícil que sea, que no pueda conseguir! Dicen que tiene más vidas que los gatos…

«Ése» era yo.

La muchedumbre abandonó a Jim y se vino tras de mí.

—No le hagáis caso… —Protesté—. El es piloto, y el dueño del avión, yo pasaba por aquí y…

Fue inútil. Me rodearon exhibiendo papeles que no conseguía entender. Me gritaron en un idioma incomprensible. Me intentaron explicar lo inexplicable.

No comprendía absolutamente nada, bolo sus rostros: ceñudos, iracundos, rabiosos…

Era un maremágnum, en el que los gritos en árabe, a duras penas me dejaban pensar en encontrar una vía de escape.

Y entonces apareció mi «Ángel de la Guarda».

—¿Americano? —Me preguntó sin dejar de mascar chicle.

—Sí… —Respondí a gritos para que me oyera.

—Pues ya está salvado. Déjeme que yo me ocupe de todo.

Lo hizo, y muy bien.

En primer lugar pasó una mano sobre mi hombro, con gesto protector. Después, se alzó sobre las puntas de los zapatos y a continuación, lanzó un grito que hubiera hecho morir de envidia al mismísimo «Tarzán».

Fue una parrafada larga, en la que me señaló varias veces. Al principio casi no se la podía oír debido al griterío de las «fuerzas vivas» de la localidad. Pero, poco a poco, éstas se fueron callando y la voz de la chica se adueñó de la situación.

Como una maestra regañando a sus discípulos, con el mismo tono y habilidad dialéctica, se fue haciendo con el control.

Hablaba en árabe y tan pronto parecía estar suplicando clemencia, como ordenando que nos trajeran un *whisky* con cubitos de hielo traídos de las mismísimas cumbres del Himalaya.

La gente se calmó. Ella «bajó de encima de sus puntillas», me sonrió, se colgó de mi brazo y dijo:

—Asunto arreglado. Creo que me he ganado una invitación a

cenar…

Sí. Se la había ganado. Se merecía una cena-postres… Y un resopón.

Tendría veintidós o veintitrés años. Un cuerpo que recordaba a cualquiera de las chicas de *PLAYBOY*, un pelo negro que le caía abundantemente por la espalda, unos labios carnosos y unos ojos, sinceros y francos, que miraban directamente a la persona que tenían frente a ella.

Me condujo hasta su coche, un Ford algo anticuado y que debía de haber conocido medio mundo.

—Me llamo Sue Rothman. Soy de Denver, Colorado. Me dedico a la Biología, y ahora estoy estudiando el comportamiento de unos monos que viven en la Cordillera del Atlas… He bajado a Marrakesh porque estoy cansada de verle el culo a los monos y necesito unas diversiones más adecuadas para una chica de mi edad.

Mientras decía la última frase sus pechos se oprimieron contra mi brazo de una forma tan «especial» que casi sentí una descarga eléctrica.

—Pues has ido a tropezar con la persona más indicada. —Dije yo.

—Sí. Cuando he visto la forma en que te lanzabas en barrena sobre la pista: decidido, valiente, experto… He pensado: «Este tipo no se tiene que escapar, Sue». ¡Y aquí estás!

Todo lo que acababa de decir me dejaba reducido a un vulgar «hombre-objeto», pero… nunca he sido muy quisquilloso en estos asuntos.

—No tengo hotel… —Dije mientras subíamos a su coche.

—Tengo una *suite*, con cama de matrimonio, que servirá.

—Voy flojo de «pasta»…

—En los últimos tres meses no he podido gastar dinero ni en comprar cacahuetes para los monos.

—Necesito dormir unas cuantas horas…

—Mientras no huyas cuando despiertes…

¿Era o no era un ángel?

CAPÍTULO II

Se alojaba en el «Imperial Sky», un hotel con más estrellas que la Vía Láctea.

Nada más entrar en el *hall*, los botones nos rodearon dispuestos a satisfacer la más pequeña de nuestras demandas.

—Un periódico americano… —Dije yo, deseoso por saber si hablaban de mi última «hazaña» en Haití.

—Subirlo a nuestra habitación… —Añadió ella.

Recogió la llave y me condujo hasta el ascensor, sobre una alfombra más gruesa que la vegetación del Matto-Grosso.

Llamar «*suite*» al sitio donde se alojaba, era una muestra de modestia.

El «Complejo Residencial» se componía de dormitorio, vestidor, salón, baño con «*jacuzzi*», cuarto de sauna, pequeño gimnasio…

—Lo peor de las novelas es el prólogo. —Me dijo con aires de mando—. Así que dúchate, cena, duerme… y luego hablaremos.

Obedecí como un corderito.

Llené la bañera de agua tibia, me sumergí en ella y abrí el mando de las burbujas… En pocos segundos flotaba en el paraíso.

Unos golpes en la puerta distrajeron mi atención.

—¡Tráeme el periódico! —Grité yo desde la bañera.

Cuando la puerta se cerró, Sue entró en el baño.

—No era el diario. Venían a traerme las llaves del coche, porque las había olvidado…

—Si eres tan amable de recordarles que me suban un diario… —insistí.

—Ahora mismo. —Dijo al salir del cuarto de baño.

Mientras yo había estado desnudándome para entrar en la bañera, ella se había puesto cómoda. Y eso significaba algo muy

personal. Vestía únicamente un diminuto tanga de color rosa, medias negras con ligueros, zapatos de tacón, y una bata blanca y transparente que le llegaba hasta medio muslo.

A lo mejor su dilatada estancia con los monos había trastornado su sentido de la moda, pero el efecto que produjo sobre mi «organismo» fue instantáneo.

Salí de la bañera convertido en un hombre nuevo. Allá en el «*jacuzzi*» había quedado un desamparado cervatillo y el que había entrado en el salón era un poderoso tigre de Bengala.

Ella veía la televisión, con las piernas cruzadas.

—¿Qué quieres cenar?

—Ostras, caviar, champán francés, *mousse* de langostinos… —Comencé a decir en plan de broma.

—Las ostras de aquí son bastante insípidas, pero si quieres…

Descolgó el teléfono y pidió el menú.

—Acuérdate del periódico…

Terminó de enumerar el pedido, añadiendo algunas cosas de su cosecha como «dátiles en crema de leche con canela» y otras lindezas, y colgó.

—No te has acordado de mi periódico. —Dije descolgando el teléfono y pidiendo que me trajeran mi ración de noticias.

—Creí que ya se lo habían subido. —Me replicó la telefonista en correcto inglés—. Se lo recordaré a los botones, y perdone por el error.

Cinco minutos después, mientras me peinaba, llamaron a la puerta.

Me puse el albornoz y salí a abrir.

Sue, con una bata de terciopelo negro había franqueado la entrada al camarero que empujaba un carrito de ruedas colmado de manjares celestiales. Me quedé extasiado ante los platos que nos traían. Sue acompañó al camarero y cerró la puerta tras de él, mientras yo cogía el periódico.

Me voló de las manos.

—Es de mala educación leer mientras se come. —Me dijo Sue arrojando el «New York Times» a la otra punta de la habitación.

La bata se había abierto y la chica me mostraba su pintoresco conjunto.

—No me mires así, ya sé que se me notan las marcas del

bronceado. Pero es que allí voy con camisa y pantalón corto…

No me había percatado en el detalle de su bronceado.

Ella debió de darse cuenta de mis miradas lujuriosas porque sonrió y dijo:

—Me parece que nos hemos equivocado en el menú. Hemos pedido todo marisco y pescado, y tú necesitas un buen plato de carne…

Mientras decía esto se fue acercando a mí: sinuosa, sugerente, provocadora.

Abrió mi albornoz y me acarició el pecho con las manos.

Se puso de puntillas y sus labios buscaron los míos.

Abrió la boca, rindiéndose, y me abrazó.

Como si yo fuera un experto mago, hice desaparecer su tanga, el batín y los ligueros.

Ella me empujó con fuerza, y yo me rendí.

Caímos sobre la mullida cama, abrazados como dos luchadores de catch.

Mantuvimos una pelea de una hora y media. Un combate muy peculiar donde no había reglas fijas. Allí cabían todo tipo de llaves, presas y contrallaves.

Libramos un montón de *rounds*. Unos los ganó ella, y otros yo.

Ya que no había árbitro, decidimos poner fin a la pelea de común acuerdo.

Yo estaba exhausto. Permanecí diez minutos observando atentamente el color crema del techo de la habitación, mientras ella se aseaba en el baño.

De repente, me acordé del periódico.

Salté de la cama y me acerqué a donde había caído. Sue salió del baño en aquel momento.

—Deja el periódico en paz. ¡Qué obsesión! —Dijo mientras me lo arrebataba de las manos.

Corrí tras de ella. Riendo, se alejó de mí. La perseguí.

La atrapé junto a la cama.

Me había tomado por el cuello y me arrastró nuevamente encima de ella.

Sus labios me buscaron… Y me encontraron.

Media hora después, cuando ella estaba sin fuerzas, reuní las últimas que me quedaban, salté de la cama y tomé el periódico.

No tuve que buscar mucho.

La cabecera del artículo, que ocupaba todo el ancho del periódico, decía:

> SUBMARINO RUSO HUNDIDO EN MEDIO DEL ATLANTICO, POR UNA BOMBA ATÓMICA.
>
> EL GOBIERNO DE LA URSS HABLA DE ATAQUE A TRAICION, Y LO EQUIPARA A PEARL HARBOUR.
>
> Reunión urgente del consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.
>
> La URSS anuncia la ruptura de los acuerdos con USA. El Soviet Supremo y el Politburó permanecen reunidos en Sesión Plenaria desde que se supo la noticia.
>
> Satélites espía norteamericanos descubren movimientos en las tropas del Pacto de Varsovia.
>
> El Presidente de los USA invoca el Acta de Guerra y pone en Estado de Máxima Alerta a todas sus tropas.

No pude por menos que lanzar un silbido.

—¿Qué sucede? —Preguntó Sue—. ¿Te ha tocado la Lotería?

—Sí. El Premio Gordo, el segundo, el tercero y la pedrea. —Repliqué.

CAPÍTULO III

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Sue, desperezándose sobre la cama.

—Nada importante. Sólo que ese submarino soviético lo he hundido yo.

—¿Con una bomba atómica?

—Sí.

Un violento ataque de carcajadas derribó a Sue sobre las revueltas sábanas.

Cuando consiguió recuperar el control, se acercó a mí y me acarició la cara, mientras me decía:

—Pareces un hombretón y solamente eres un niño. A las mujeres hay que impresionarlas «antes» de llevarlas a la cama, y no después. Además, es conveniente contarles historias que sean creíbles y no fantasías alocadas y sin sentido.

—Te prometo que es verdad. —Dije muy serio.

Volvió a reírse mientras yo meditaba seriamente lo que podría hacer para sacar al mundo del terrible holocausto atómico hacia el que avanzaba a pasos agigantados.

—No es ninguna fantasía. En Haití descubrí que a un viejo amigo periodista, corresponsal de guerra en el Líbano, lo habían convertido en «Zombie». Cuando fui a rescatarlo descubrí que el brujo había reunido un ejército de «zombis» para ser alquilado al primer dictador que lo necesitase… ¿Te imaginas el poder destructivo de un ejército de inmortales? ¡Sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina!

Sue me escuchaba atentamente, aunque no podía reprimir una sonrisa en sus labios. Yo proseguí mi relato.

—Allí también averigüé que el brujo tenía a un par de científicos

nucleares «zombis» que le habían preparado una «bomba atómica casera». Después de exterminarlos y acabar con aquel infierno, cogí la bomba, salí corriendo y la dejé caer sobre el océano, donde pensaba que sólo podría hacer daño a algún tiburón… Y me equivoqué.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Completamente.

—¿Me lo jurarías?

—Te lo juro.

Sue me miró, todavía no muy convencida de la verdad.

—Ayer oí por TV, que los Gobiernos de USA y URSS estaban a punto de liarse a «misilazos»… ¡Puedes haber iniciado la Tercera Guerra Mundial!

—Sí, eso es lo que me temo.

—Habría que hacer algo. —Dijo ella pensativa.

—Sí. Y con toda rapidez…

Me di un puñetazo en la palma de la mano.

—¡Ya está! Conozco gente de la CIA que me ayudarán a llegar hasta el Presidente… Lo que pasa es que no recuerdo sus nombres… [2]

Me acerqué al teléfono, pedí que me pusieran con Información de Washington y solicité el número de la CIA.

En pocos minutos estaba hablando con ellos.

—Central de Inteligencia. ¿Con quién desea hablar? —Me contestó una dulce voz.

—Desconozco qué departamento se ocupa de estos asuntos, pero tengo allí trabajando a algunos amigos, pero ahora no recuerdo los nombres… Llamo desde Marrakesh, me llamo Indiana James y…

—¿Indiana James? ¿Está usted seguro?

—Sí, pero escuche: yo he hundido el submarino ruso. ¿Me comprende? ¡Es un caso muy urgente!

—Ya. Me voy haciendo una idea. Usted se llama Indiana Jones…

—¡No! Indiana James.

—Eso mismo: Indiana James. No sabe con quién quiere hablar, pero quiere informarle de que ha hundido un submarino soviético con una bomba atómica. Pues bien: yo tampoco estoy muy segura de la persona que puede atenderle. ¿Cómo consiguió la bomba atómica?

—La habían fabricado unos «zombies».

—¿Unos «zombies»? ¡Ya sé con quién debe hablar usted! Apunte este nombre y el teléfono.

—Dígame, dígame…

—Harold Blackwell, 301.

00 729.

¿Lo ha copiado?

—Sí. ¿Es experto en relaciones con los países del Este?[2]

—No exactamente. —Me respondió la telefonista—. Es un psiquiatra. Pero podrá hacer mucho por usted…

—¡Oiga, yo…!

¡¡¡CLICK!!!

Me había colgado.

Pero no me desanimé.

Llamé al New York Times y pedí que me pusieran con Zenna Davis[3].

Primero hablé con la telefonista, después con el encargado de redacción, a continuación con la sección de Internacional, y, por fin, con la secretaria de Zenna.

—Soy Indiana James, un amigo de Zenna. Dígale que es muy urgente que hable con ella. Nos vamos a ir al infierno y será por mi culpa.

—Un momento que se lo digo.

Tardó algo más de un momento.

—¡Ejem! —Me dijo la secretaria—. ¿Todavía está ahí?

—Sí.

—*Miss* Davis me ha dicho… ¡Ejem!… El infierno es un buen sitio para tipos como usted.

—¿Cómo?

—Sí. También ha añadido que seguro que usted consigue hacer amistad con los demonios. Y que, por favor, no la moleste.

¡¡¡CLIK!!!

Evidentemente yo no estaba en un día de suerte.

—Tengo otra idea… —Dije a Sue que me contemplaba con la misma aprensión que si se hallara en la misma celda con un loco peligroso.

Localicé el teléfono de varios de los corresponsales internacionales con sede en Marrakesh: gente del Times, de El País, del Washington *Post*, del Bildt, de la República… Y así hasta dos

docenas. Todos los que pude encontrar.

Y les conté una historia muy fantástica: Yo pertenecía a la «Cruzada Anticomunista de los Pueblos del Mundo». Iba a secuestrar al Papa, al marido de Margareth Thatcher, al Hijo del Rey Hussein y a la esposa del Ayatollah Jhomeini. A cambio pedía que se anulasen los acuerdos de paz firmados entre Reagan y Gorbachov.

Iba a contar todas estas cosas mientras se producían los secuestros. Ya que me proponía a dar una rueda de prensa en el hotel, dentro de media hora.

Curiosamente, esta historia sí que se la creyeron.

Treinta minutos después, mi hotel era un hervidero de *flashes*, magnetófonos, periodistas y curiosos, todos reunidos en el *hall*.

El Conserje me llamó por teléfono para decirme que aquello tenía que terminar, ya que un hotel no era el lugar adecuado para este tipo de reuniones, y que…

—Sí. Está bien. Permítame que me vista y en cinco minutos habré acabado con toda la algarabía.

Me enfundé unos pantalones, me coloqué la camisa menos sucia de entre las que llevaba en mi macuto y entré al baño dispuesto a peinarme.

¡¡¡BANG!!!

¡¡¡CRAAAASSSSHHHH!!!

—¡¿Pero…?!

CAPÍTULO IV

¡¡¡CRAAAAASSSHHHHÜ!!!

En una milésima de segundo una bala había destrozado el cristal de la ventana del baño, atravesando por delante de mis narices, y se había estrellado contra el espejo, haciéndolo estallar.

Cualquier persona en su sano juicio se arrojaría al suelo en un rabioso «cuerpo a tierra», y esperaría que pasase la tormenta.

Yo, salí corriendo del baño y me acerqué a una de las ventanas del salón.

Más o menos, por el ángulo del tiro, podía calcular desde dónde me habían disparado.

Y miré en aquella dirección.

Por si me quedaba alguna duda, un tipo vestido al modo occidental, pugnaba por saltar de un tejado a otro, entre las variopintas y pintorescas casas que rodean la plaza de Djemaa El Fnaa.

Si conseguían entrar allí, jamás conseguiría atraparlo. Así que, aprovechando que sólo estábamos en un tercer piso, saqué las cortinas fuera de la ventana y me descolgué por ellas.

No es que, con aquel gesto lograra mucha más ventaja. Fue como si estuviera en el piso
2 3
/4. Pero menos es nada.

Confiando en mi portentosa agilidad habitual, me dejé caer.

Aterricé sin graves problemas, flexioné un poco las piernas para suavizar el golpe, rodé unos pocos metros llenándome de polvo y salí corriendo hacia donde había visto al tipo que quería matarme.

—¡¡¡Indyyyyy!!! —Gritó Sue.

—Tranquila, muñeca. Voy, lo cojo y vuelvo. —Respondí

haciéndome el «bueno de la película».

Y corrí hacia la plaza de Djemaa El Fnaa.

Quizá no recuerdan el nombre, pero seguro que la han visto en reportajes de prensa, documentales de TV… Alfred Hitchcok rodó allí una de las secuencias de *El hombre que sabía demasiado*, aquélla en que James Stewart pasea por una plaza (sí, esa misma) y se le muere un árabe entre los brazos, apuñalado.

Por si acaso siguen sin recordarla, se la describiré: es una gran explanada llena de casamatas, cubículos y tenderetes hechos con trozos de hojalata, de lona, de madera, de cuero… amontonadas sin ningún criterio lógico. Dentro de estas «construcciones» hay vendedores de especias, repujadores de cuero, alfareros, tratantes de camellos, de gallinas, de burros… En los escasos espacios libres que quedan se amontonan grupos de personas en torno a un fakir que se alimenta con fuego, a alguien que toca música, a unos niños haciendo equilibrios… Y en los pocos espacios que estos dejan libres deambula una riada de turistas fotografiándolo todo e intentando regatear con los nativos y siendo asaltados por infinidad de ofertas de guías que les mostrarán los más recónditos lugares de la ciudad.

Si mi enemigo entraba allí, sería ilocalizable. Así que consagré todas mis energías a no perderlo de vista.

Había abandonado su rifle en algún punto y corría mirando hacia atrás para controlar mi avance y calcular sus posibilidades de escapatoria.

Cien metros y unos cuantos de cientos de personas nos separaban.

Hice lo único que podía hacer: buscar un punto elevado para no perderle de vista: trepé a uno de aquellos tenderetes.

El resto fue fácil, sólo tuve que ir eligiendo los más sólidos y resistentes que se interponían entre mi enemigo y yo.

La solidez es un concepto muy subjetivo. A mí, por ejemplo, me bastaba con que resistiera lo suficiente como para darme impulso hasta el siguiente.

El resultado fue que conforme yo avanzaba, iba dejando tras de mí una estela de escombros llenos de personas airadas.

Y mi enemigo, se alejaba cada vez más.

Aquélla no era una buena solución: la altura me permitía

controlar a mi presa, pero no podía avanzar con la suficiente celeridad. Así que me dirigí hacia uno de los puntos despejados, busqué un camello y salté sobre él.

Luego, sólo tuve que animarle a que corriera, a base de clavarle los tacones de mis botas en sus hijares.

Se animó mucho.

Delante de mí la gente se apartaba como si fuera un leproso.

Tras de mí la gente se arremolinaba, dispuesta a no dejarme escapar con mi botín animal.

Pero sin lugar a dudas el camello era una buena solución.

Avanzaba con la misma potencia que un tanque ruso lo hace por la estepa siberiana.

Un pobre hombre que se había sentado en una silla de lona ante un sacamuelas para que le aliviara de una de sus piezas dentales, vió como su dentadura completa saltaba por los aires, cuando el camello lo pisoteó sin miramientos.

Un personaje que vendía vasos de té caliente, que sacaba de un odre de piel, esparció el contenido de su recipiente entre la gente que le rodeaba, cuando vió al camello avanzar hacia él.

Otro que se ganaba la vida vendiendo bebidas, que anunciaba como frescas, duchó a los acalorados turistas.

—Tendrá usted un accidente. —Le dijo un adivino lector de manos, a un cliente alemán, al ver como el camello se dirigía a toda velocidad hacia el teutón.

El animal se encargó de dejar en buen lugar las dotes proféticas del supuesto brujo yo, mientras tanto, no perdía de vista a mi presa.

En unas pocas zancadas, había alcanzado a mi enemigo.

Me preparé para saltar desde el camello sobre él.

Se volvió, observó lo que yo pretendía hacer, y metió un dólar en la mano de uno de los fakires, mientras me señalaba frenéticamente.

El fakir me miró, asintió con la cabeza y se llevó la antorcha a los labios.

Una nube de fuego avanzó hacia mí.

Me dejé caer del camello, protegiéndome con su cuerpo, a la vez que buscaba algo para enfrentarme a mi enemigo.

Y lo encontré.

Un encantador de serpientes mostraba a los turistas sus

«Compañeras de espectáculo», dentro de un cesto de mimbre.

El cesto pasó a mis manos.

Una de las serpientes también.

La agité sobre la cabeza como si se tratara de las boleadoras de los gauchos.

Y la dejé salir disparada.

Después de aquello creo que me podrían dar un diploma de «Pampero de Honor»: la serpiente salió despedida hacia mi enemigo y fue a detenerse precisamente en sus tobillos, enrollándose en ellos, impidiéndole seguir corriendo y derribándole al suelo.

Cuando vió la «soga» tan particular que yo había utilizado, dió un salto y retrocedió aterrorizado.

Su mano fue a detenerse sobre el mostrador de uno de los cuchitriles en el que se vendían armas.

En el segundo siguiente, mi enemigo diría que los rayos del sol al atardecer arrancaban dorados reflejos del brillante filo de la espada.

Pero como soy más aventurero que escritor diré que aquella situación no me gustaba nada, ya que me sentía en total y absoluta inferioridad de condiciones.

Así, que hice acopio de todas mis reservas de coraje y me dispuse a hacerle frente con la única arma que tenía a mano.

Tomé una de las serpientes y la blandí como si fuera un látigo.

Por pura precaución la sujeté por la cola y recé porque en alguno de los golpes clavara su dentadura en el brazo de mi enemigo.

FFFSSSHHHH Silbaba el cuerpo de la serpiente al cortar el aire.

¡¡TCHACKKK!! ¡¡TCHACKKK!!

Hacía la serpiente cada vez que tropezaba con la espada y perdía una rodaja de su cuerpo.

Como procedimiento artesano para cortar rodajas de chorizo, mi invento no tenía precio, pero como arma ofensiva…

De seguir así, me quedaría sin «munición» antes de que se desgastara la espada por el uso.

Así que arrojé la cesta, y toda su carga mortal, sobre mi enemigo.

Se asustó.

Comenzó a dar manotazos, apartándose las serpientes de

encima.

Una le mordía la manga de la chaqueta.

Otra se enroscaba en torno a su cuello.

Una tercera luchaba por subir pernera arriba.

El estaba muy entretenido.

Era mi ocasión.

Avancé hacia él, dispuesto a no permitir que se me escapara.

Y…

¡¡¡BANG!!!

CAPÍTULO V

No se escapó.

Una mancha roja inundó la pechera de su blanca camisa, desbordándola y tiñendo de sangre su chaqueta color hueso.

Sus ojos miraron con terror a un punto situado a mis espaldas.

Me giré.

Un hombre vestido de una manera muy similar al que acababan de disparar, me apuntaba con una «Magnum».

La gente retrocedía horrorizada.

Yo no tenía tiempo de sacar una de mis serpientes para atacarle. Además… ¿Qué puede hacer un reptil contra las balas?

Siempre he pensado que me horrorizaba morir en la cama. Me gustaría encontrar una muerte digna, en mitad de alguna aventura.

Pues bien, la había encontrado a mi medida.

Alcé la cabeza desafiante, hinché el pecho, arrojé lejos de mí la canasta con las serpientes y me dispuse a saltar sobre mi nuevo enemigo.

No tuve tiempo.

Antes de hacerlo, Jim Tonic apareció, abriéndose paso a codazos entre la multitud, y se lanzó sobre el asesino.

—¡Éste es mío! —Me gritó—. Ocúpate tú del otro.

El individuo que se disponía a dispararme salió huyendo. Jim Tonic, tras de él. Yo me agaché sobre mi moribundo enemigo.

Murmuró unos sonidos que no conseguí entender. Después se esforzó más, intentando darme un mensaje. Su último mensaje:

—La CIA… yo… la KGB…

Y se murió.

No era una situación frecuente: rodeado por cientos de personas, con un muerto en los brazos, y un mensaje incomprensible.

«¿La CIA yo?» o «¿Yo la KGB?». ¿Qué había querido decir? ¿A cuál de las dos palabras había que unir el yo? ¿Era de la CIA o de la KGB?

Aprovechando el remolino de gente que se estaba formando en tomo a nosotros, deslicé la mano dentro del bolsillo interior de su chaqueta y me apoderé de los cuatro papeles que había en él.

Casi antes de que pudiera terminar, sonaron las amenazadoras sirenas de un coche de Policía, o las salvadoras de una Ambulancia.

Y Sue apareció, mágicamente, a mi lado dispuesta a ayudarme a escapar. En dos palabras le expliqué lo sucedido.

—¡Es increíble! —Dijo ella.

No me entretuve en discutir con ella. No era el momento de esperar a averiguar si las sirenas eran de unos o de otros.

Con un par de codazos, Sue abrió la marea humana que nos rodeaba, y ésta nos tragó en su seno.

Dos minutos después éramos dos personas más entre las miles que deambulaban por la plaza.

—¿Quieres explicarme lo que ha pasado? ¿Por qué pretendían matarme? ¿Por qué han acabado con el primer asesino a sueldo? ¿Qué quiere decir eso de la CIA y la KGB?

Sue me miró maternalmente.

—Si lo supiera no me dedicaría a espiar los hábitos sexuales de los monos. ¡Me dedicaría a escribir novelas de espionaje y me forraría como John LeCarré, Graham Greene, o Ian Fleming!

Era una buena respuesta, pero no me servía.

Conduje a Sue hasta el hotel y subimos a la habitación. Allí me dediqué a estudiar los papeles que el difunto llevaba en su bolsillo.

Estudiar es una forma convencional de llamar a las cosas. Aquello no podía ser considerado una cartera, ni una agenda, ni nada que se la pareciera, aunque mucho tiempo atrás podía haber sido alguno de aquellos objetos.

En la actualidad, eran dos trozos de piel en cuyo interior se amontonaban papelitos doblados, y que mantenían una apariencia de cartera gracias a una goma elástica que los rodeaba.

Quité la goma y esparcí su contenido sobre la cama: calendarios de varios años, servilletas de bares con notas apresuradas, un sobre de azúcar, una pegatina de una compañía de viajes organizados, unos pocos billetes de dólar, dos tarjetas de crédito (una a nombre

de John Smith y la otra propiedad de Ornar S. Shelton), un par de Kleenex en bastante mal estado, una caja de cerillas obsequio de un restaurante de Marrakesh, un dibujito de un osito de felpa…

¿Quién podía sacar algo en claro de todo aquello? Lo mismo podía ser un trabajador de la Compañía Disney, que un traficante de armas.

Los nombres no me ayudaban a dilucidar el enigma.

Llamaron a la puerta.

Yo maldije mi falta de precaución por no haberme agenciado una metralleta, un cañón, o un lanza-misiles, para defenderme de las sorpresas que me estaba deparando ésta jornada.

Sue abrió con todo tipo de precauciones.

Era un tipo de unos cuarenta años, que debía de haber visto tantas veces la película «Casablanca» que comenzaba a parecerse a Humphrey Boggart. Vestía chaqueta blanca, pajarita y llevaba un cigarrillo encendido entre los labios.

—Soy Steve Martin, del New York Times —dijo a modo de presentación, mientras comenzaba a inspeccionar con la mirada nuestras habitaciones—. He visto lo que ha sucedido y me parece que puede ser interesante.

—Una casualidad… un error, han debido de confundir a mi esposo con otra persona… —Dijo apresuradamente Sue—. No hay nada de especial que contar…

El periodista hizo caso omiso de lo que decía mi «reciente esposa» y me miró fijamente.

—Prefiero que me lo digas tú.

No sé por qué, pero hice caso a la chica.

Quizá fue por el formidable pellizco que me propinó en las nalgas.

—Tiene razón mi esposa… No hay nada que contar.

Me sonrió irónicamente, indicándome que no se creía mi historia, y sin sacar las manos de los bolsillos dijo…

—Repítemelo otra vez, Sam.

No me gustan las personas que me miran con aires de superioridad. Menos todavía si no tienen personalidad propia. Si él era Humphrey Boggart, yo era Indiana James. Y, si me lo proponía, podía llegar a ser: «Boggie», Lou Grant… o «Rocky».

Así que imitando su forma de hablar y su lenguaje, le dije:

—Cómprate un dólar de desierto y piérdete. Si te necesito, ya te silbaré[4].

—Sin embargo usted iba a dar una rueda de prensa…

—Precisamente por eso no quiero hablar con usted. No concedo exclusivas.

Dio media vuelta y salió sin decir ni una palabra. Yo, mientras tanto me froté las doloridas nalgas, y cuando se cerró la puerta miré ceñudo a Sue.

—¿Puede saberse qué bicho te ha picado? ¿Por qué no has querido que le contara…?

—¿No te das cuenta del juego peligroso en el que andas metido? ¡Han querido matarte!

—¡Claro que lo sé! Pero…

—¡Chitón! —Dijo ella llevándose el dedo índice a los labios y mirando en todas direcciones—. Pueden estar escuchándonos.

—Tú has leído muchas novelas de James Bond y…

Se lanzó sobre mí. Y me tapó la boca con su mano, mientras me susurraba al oído.

—El muerto ha hablado de CIA y de KGB…

—Por lo que a mí respecta se pueden ir todos al infierno. Y lo cierto es que se van a ir allí, si no arreglo pronto esta situación.

Aparté a Sue, y tomé el teléfono. Marqué el número del «New York Times», y volví a pedir por Zenna Davis.

Después de un rato hablé con su secretaria. Sabía que Zenna no querría ponerse, así que utilicé un golpe bajo.

—Dígale que necesito dinero…

El truco funcionó. Si hubiera dicho que la quería o que estaba locamente enamorado de ella… sólo hubiera conseguido arrancar una amarga sonrisa de sus labios. Si hubiera anunciado que me disponía a devolverle todo el dinero que le debía, se hubiera reído y hubiera ordenado a la secretaria que colgase el teléfono sin decir ni una sola palabra.

Pero no hice nada de eso. Como tantos otros miles de veces le pedí dinero…

En dos segundos escuché su voz al teléfono:

—¡Maldito malnacido! ¿Estás borracho? ¿Acaso tu enfermizo cerebro piensa que te voy a enviar ni un solo céntimo? ¡Por lo que a mí respecta te puedes morir!

—Zenna… —Dije con mi tono de voz más seductor.

—Lávate los dientes con un cepillo infectado de SIDA. Mastica vidrios rotos.

Pínchate heroína en los ojos. Haz lo que quieras, pero olvídame.

—Zenna… —Repetí otra vez.

Mientras mi «amiga» la periodista seguía expresando sus más sádicos pensamientos a través del teléfono, Sue salió de la habitación dando un bufido.

—Zenna, escucha: me quieren matar y…

—Todavía existen personas de buen corazón en el mundo.

—Oye. No sé si se trata de la CIA o de la KGB.

—Ya me gusta eso de que, por fin, te consideren un «Problema de Estado».

—Se están tiroteando entre sí y…

—Lástima. La envidia termina por anular los mejores proyectos de los seres humanos…

—¡Zenna! Ya está bien. Estoy en un grave problema.

—Todos estamos en graves problemas. ¿No lees los periódicos? ¿No te has enterado de que los rusos y nosotros estamos a punto de liarnos en la «Ultima Guerra Mundial»?

—De eso se trata. Yo tengo la llave de la situación.

Un silencio se hizo al otro lado del teléfono. La curiosidad, la profesionalidad de mi amiga periodista comenzaba a anteponerse a su ira.

—¿Qué sabes tú de esa bomba?

¡Había conseguido que me prestara atención! Después de todo lo que me había dicho, no es de extrañar que yo la hiciera sufrir un poquito…

—Antes de que te cuente nada de todo eso necesito un favor: investígame los nombres de John Smith y de Ornar S. Shelton.

—John Smith es un seudónimo, eso te lo puedo asegurar. Y Ulises S. Sheltoru… Sí.

Puede ser que se trate de alguien de la CIA.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Conoces de memoria los nombres de todos los agentes?

—No te hagas el gracioso, las iníciales de tu amigo son

O. S. S.

Y es el antiguo nombre de la CIA: *Office of Strategic Services*. Lo

utilizaron hasta el año 49. Ahora, si quieres que realice alguna comprobación sobre mis suposiciones, será necesario que me cuentes con todo lujo de detalles tu participación en la historia de la bomba atómica y el submarino soviético hundido… ¡Espera! ¿No habrás sido tú quien…?

¡¡¡CLICK!!!

La línea telefónica se había cortado.

—¡Señorita! ¡Óigame, señorita!

Nada. El silencio se había adueñado de mi aparato.

Me imaginé la rabia de Zenna al otro lado del teléfono, convencida de que todo había sido una artimaña mía, para conseguir su colaboración.

Pero no tuve tiempo de pensar en ello. Antes de que pudiera reaccionar se abrió violentamente la puerta de mi habitación y Jim Tonic entró como un ciclón.

—Maldita sea, Indy. Ese tipo se me ha escapado. Pero afortunadamente, unos turistas le han tomado una «Polaroid» y, gracias a unos amigos, me he enterado de quién es: Boris Karla. Uno de los mejores agentes de la KGB.

Me dejé caer sobre la cama. Aquello tenía muy mala pinta. La CIA quería eliminarme y la KGB también.

¿Por qué había matado Karla a Ornar?

¿Acaso quería matarme el ruso en persona?

¿Por qué quería matarme la CIA?

¿Qué interés podían tener los servicios secretos americanos en que no contara lo sucedido?

¿Qué interés podían tener los servicios secretos soviéticos en impedir que los servicios secretos americanos evitaran que contara lo sucedido?

¿Qué interés?…

¡Dejémoslo! Esto parecía un trabalenguas infantil.

Demasiadas preguntas.

Demasiados servicios secretos.

Demasiados intereses.

No. Interés sólo uno.

MI PELLEJO.

Eso era lo único que interesaba a todo el mundo.

Sue entró en la habitación como un ciclón.

—¿Ya has hablado con tu «amiga»? —Dijo con un aire ofendido.

—¡Olvídate de tus ligues! —Me dijo Jim—. Esto no es ninguna tontería. Estamos en graves problemas.

—¿Yo soy un «ligue»? ¿Una «tontería»? —Chilló Sue.

—No he querido decir eso…

Los dos se enzarzaron en una estúpida discusión a gritos.

Y no era eso lo que yo necesitaba.

Me hacía falta un poco de silencio, de tranquilidad, un espacio mínimo de tiempo en el que ordenar mis informaciones, mis ideas, analizarlas y encontrar una salida de aquella maldita situación en la que me veía metido.

Y sólo había un sitio donde me pudiera encontrar tranquilo, relajarme y pensar.

Pretextando una urgente necesidad fisiológica, corrí hacia el cuarto de baño y me encerré en él.

Jim y Sue me siguieron intentando hacerse oír, sobre la airada voz de su contrincante.

—Indy… ¿Me oyes? ¡No le hagas caso a este mamarracho…!

—¿Mamarracho yo, mocosa de mierda? Esto le pasa a Indy por no hacerme caso.

Se lo tengo dicho muchas veces… el que con niñas se acuesta… ¡meado se levanta!

—¿Mocosa yo, borracho de mierda? Si hasta tienes nombre y apellidos que suenan a alcohol…

No. Con aquel griterío detrás de la puerta no era posible concentrarse.

Durante unos segundos lancé unos potentes gemidos indicadores de que estaba trabajando duro.

Las voces parecieron ceder y apiadarse de mí.

Sólo entonces me pude dedicar a reflexionar.

La CIA y la KGB. Las dos organizaciones más potentes, despiadadas y sanguinarias del mundo, las que llegan a todas partes, a las que nadie se les escapa.

Yo podría explicarles lo que había sucedido, el maldito lío en el que toda la humanidad estaba metida…

Pero no iba a hacer nada de eso. Sólo tenía una salida: ir al infierno, y esconderme detrás de la llama más alejada.

Pasé casi una hora encerrado, en espera de que las voces se

calmaran al otro lado de la puerta.

Pasé otra hora más hasta asegurarme de que no se oía absolutamente nada.

Y, por fin, media hora después, me atreví a realizar una salida en descubierta.

Jim Tonic había desaparecido.

Sue estaba sobre la cama *completamente vestida* hojeando una revista de actualidad.

Mis escasas pertenencias se hallaban depositadas en el suelo, en un montón parecido a los residuos que quedan después de una hoguera.

La cara de Sue indicaba claramente que no era necesario que me despidiera.

Pero uno de mis mayores defectos es el de que me gusta caer bien a la gente. No soy capaz de largarme dejando mal sabor de boca en alguien.

Así que me acerqué a Sue y, sonriéndole, le dije:

—¿Ya se ha ido ese pesado?

—¿Acaso lo ves por alguna parte?

Me encantan las dificultades, así que insistí:

—Me gustaría despedirme de ti de una forma más… digamos que cariñosa.

Aquello fue mi error.

Sue me lanzó los brazos al cuello.

—Oh, Indy, Indy… que mal lo he pasado… He tenido tanto miedo de que te mataran…

Quise comprobar si era verdad.

Y lo era.

Tenía la «carne de gallina» en la piel de sus pechos.

Sus cabellos, hasta los que se hallaban en las partes más ocultas de su anatomía, estaban de punta…

Y…

Capítulo VI

Pasamos un buen rato.

Cuando terminé no tenía fuerzas ni para respirar.

Ella, no. Ella había decidido que yo era su «complemento ideal» y había tomado todas las precauciones necesarias para impedir que me pasara nada.

—Escucha, Indy… He estado reflexionando sobre el follón en el que te encuentras.

Aquello me molestó. ¿Acaso mientras estábamos haciendo el amor, ella había sido capaz de distraerse en estas tonterías? Pero como no tenía fuerzas ni para enfadarme seguí escuchándola.

—Jim Tonic no es un mal tipo… es más: creo que es un amigo de verdad. Por eso mismo me parece que no deberías de meterlo en tus problemas. Además, su avión será una manera ideal de localizarte. Creo que deberás de prescindir de Jim en esta aventura. Por su propio bien.

Sí. Sue tenía razón. Hay que saber hasta dónde puede abusarse de los amigos, y yo estaba en un lío muy grande como para arrastrar conmigo a Jim.

—Por otra parte… —siguió la chica— es completamente necesario que huyas.

Aquí te tienen localizado y no puedes explicar al mundo lo que te ha sucedido. Y has de fugarte de una manera muy discreta. Sin que nadie se dé cuenta. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí. Parece muy sensato lo que estás diciendo.

—Perfecto. He convocado una rueda de prensa para mañana al medio día. Eso significa que todos pensarán que estás aquí. Y nosotros nos iremos esta misma noche.

Sonaba muy bien. Sue era como la «Secretaria ideal para un

Aventurero».

Comencé a acariciarle un pecho mientras ella, insensible, seguía contándome mi futuro.

—Hay que buscar un sitio donde esconderse… ¿Se te ocurre alguno?

—Sí… Tahití, las Islas Fidji, Copacabana, las Seychelles, Hawai, Jamaica…

—No, no, no… En esos sitios es donde serás más fácil de localizar. Usa tu imaginación. ¿Dónde no se les ocurriría buscarte?

—En el Sáhara, que está muy cerquita… o en la selva del Matto Grosso, o en Alaska, o…

—No, no, no… Algo más imposible. ¡Allá donde nunca mirarían!

—Washington o Moscú. No se me ocurre otra cosa…

—Berlín. —Dijo ella con tono de satisfacción.

—¿Berlín?

—¡¡¡Berlín!!! ¿A que es una buena idea? ¿A que nunca te buscarán allí?

—Sí, pero aunque no me busquen, si me encuentran… Berlín es una ratonera. Es como una isla controlada palmo a palmo por los servicios secretos norteamericanos, rusos, ingleses y franceses, por no hablar de los alemanes. Y por si esto fuera poco, el mar lo constituyen miles y miles de soldados del más fiel aliado de los soviéticos.

Además… ¿Cómo voy a entrar allí sin que me descubran?

Lo tenía preparado todo. Del cajón de la mesilla sacó un pasaporte y me lo tendió.

—Este eres tú.

Lo abrí. La foto se parecía a mí. Sólo que iba peinado con brillantina, correctamente afeitado, con un traje gris y gafas.

Era como si me hubiera convertido en «Yppi».

—¿Cómo has conseguido esa foto?

—Un amigo dibujante ha retocado una de un recorte de prensa que llevabas en el macuto…

Seguí mirando el pasaporte: ahora me llamaba Wolfang Cupp. Era canadiense y me dedicaba a la importación y exportación de pieles de animales salvajes.

Todo aquello me sonaba a chino y no acababa de convencerme.

—Esto no es verosímil. ¿Quieres decirme qué puede comprar en

Berlín un tipo como yo?

—Nada. No vas a comprar, sino a vender. A las berlinesas también les gustan los abrigos de piel de ocelote, de zorro canadiense, de visón…

—Espera. Esto es una locura. ¿Cómo vamos a salir de aquí y entrar en Berlín…?

—Nos llevará otro amigo mío, que es piloto de una línea regular. El vuelo…

Miró su reloj.

—¡¡El vuelo!! Sale dentro de una hora. ¡Ya tendríamos que estar en el aeropuerto recogiendo la tarjeta de embarque! ¡Vamos, muévete!

—Pero… —Intenté protestar.

—Calla y no pierdas el tiempo. Vete afeitándote mientras yo recojo las cosas.

Hay gente que dice que el tiempo no varía, que, se mire como se mire, cinco minutos son cinco minutos.

Bien, pues eso es falso.

Yo pasé en aquel hotel los cinco minutos más rápidos de mi vida.

Me afeité, Sue me cortó el pelo y me dió brillantina. Me disfrazó de ejecutivo, recogió las maletas, pagó en recepción, buscó un taxi y me arrastró hasta el aeropuerto.

Sólo de verla, yo estaba cansado.

—Espera, Sue… Creo que todo esto es muy precipitado.

—Y tan precipitado. No había corrido tanto en mi vida. Pero no tenemos ni un solo segundo que perder.

Aquel taxista hubiera podido ganar perfectamente el *rally* Paris-Dackar. Y estoy completamente seguro de que, si no lo hubiera impedido Sue, nos hubiera llevado hasta la misma escalerilla del avión.

Todo fue extraordinariamente fácil. Todo fue como la seda. Todo transcurrió sin ningún problema.

Una de las azafatas nos acompañó para pasar ante el aduanero. Gracias a que llegábamos tarde y el aparato nos estaba esperando, pasamos por los controles de salida como un rayo llega desde el cielo hasta la tierra.

Entramos al avión por la puerta delantera, y nos sentamos en la

primera fila, allí donde nadie podía vernos de frente, excepto las azafatas y el personal de vuelo.

Fue un trayecto cómodo, que aproveché para descabezar un sueñecito. La comida era tan de plástico como la de cualquier otra compañía aérea. El zumo de naranja tan artificial como el de sus competidoras, y las sonrisas de las azafatas tan estereotipadas como las de un anuncio de pasta de dientes.

Es decir un vuelo normal.

—Nunca he estado en Berlín. —Le dije a Sue, cuando ya estaba aburrido de leer la prensa.

—Es una ciudad increíble, maravillosa… única.

—Sí. El «Muro» debe de ser un elemento que la distingue de otras ciudades, pero llamarla maravillosa, me parece excesivo.

—Ya me lo dirás cuando la conozcas.

—Puede ser, pero el muro me provoca imágenes de familias separadas, de tiroteos contra los fugitivos de Alemania Oriental…

—Bueno… se ha hecho mucha propaganda a costa del muro. Lo cierto es que hay chicos que se escapan a Berlín Occidental para ver películas, ir a discotecas, y luego vuelven a sus casas. Entre la juventud es casi un deporte. Igual que hacer grafitis y cuadros en las paredes del muro. Cuando lo veas te recordarán a los vagones del metro de New York en sus buenos tiempos.

—Pero se arriesgan a que les disparen.

—Claro. Y los chicos americanos que se dedican a tirarse desde lo alto de un puente, atados con una cuerda, se exponen a dejarse los sesos contra el suelo. Y los chilenos que acuden a manifestaciones se arriesgan a ser detenidos y «desaparecidos», y los negros de Sudáfrica que hacen huelga pueden ser encarcelados, sin cargos, durante varios años. Y los palestinos de Gaza y Cisjordania que arrojan piedras al ejército israelí corren el peligro de ser apresados y que les partan los codos y rodillas con piedras… pero la juventud es así.

Cuando alguien termina una parrafada como ésta con una frase del estilo de «la vida es así» es que está muy segura de la fuerza de los argumentos que acaba de emplear.

Así que me callé, mientras el avión descendía sobre el aeropuerto Tegel en las afueras de Berlín.

Capítulo VII

No sé cómo los pilotos consiguen saber cuál es la pista en la que deben de aterrizar cuando llegan a Berlín, ya que la ciudad es un hervidero de aeropuertos.

Aparte del de la República Democrática de Alemania, está el de Templehoff, el de Tegel, el de los ingleses, otro de los americanos…

Todo parecía haber sido preparado por Sue, para que no tuviéramos ningún contratiempo, por mínimo que éste fuera. Salimos los primeros del avión, gracias al lugar donde nos habíamos sentado. Como no habíamos facturado equipaje no hubimos de esperar que las lentas cintas transportadoras nos trajeran las maletas.

Nos dirigimos resueltamente hacia la Aduana. El funcionario casi ni abrió nuestros pasaportes. Se limitó a hojear las páginas y devolvérnoslos con una radiante sonrisa. Sólo le faltó hacemos una reverencia y regalamos un paquete de billetes de a dólar.

Sue se dirigió hacia el mostrador del alquiler de coches y contrató uno, para 24 horas.

—Mañana nos vamos de Berlín. ¿Le devolvemos el coche aquí mismo?

—Sí. Pueden hacerlo aquí o en nuestras oficinas centrales. Como a ustedes les resulte más cómodo. Tengan una tarjeta con las señas y los teléfonos. En cualquiera de los dos lugares le devolverán la fianza.

Vi que Sue firmaba como Martha Miller, y que el encargado del alquiler de coches, comprobaba la rúbrica con el pasaporte, por lo que deduje que la chica también debía de usar una documentación falsa.

Pero no dije nada.

Me dejé llevar hasta el exterior y me introduje con ella en el coche.

¿Quién era Sue? ¿Por qué tenía tanto interés en ayudarme?

Decidí estirarle de la lengua, aunque dando un rodeo.

—¿Conoces bien Berlín?

—Sí. Estuve becada por el Zoológico para hacer unas investigaciones sobre los hábitos alimenticios de algunos primates. También acudí a un seminario en la Universidad… ¡La conozco bien! ¿Qué deseas que te explique?

—Desconozco el tiempo que estaremos aquí, así que me gustaría saber en qué podemos distraernos.

—¿Te parezco yo poca distracción?

Mientras decía esto, apoyó su mano derecha sobre mi muslo.

—No. Eres una chica capaz de entretener mucho y bien… Pero supongo que tendremos tiempo de hacer algo más que eso que tú y yo estamos pensando…

—Claro que sí. Podemos ir a visitar el Museo de la Cultura Prusiana, el Kemerplatz, el Jardín Zoológico, con más de 9000 animales de casi 2000 especies, podemos ir a algún *cabaret*… o si tienes ganas, podemos cruzar a Berlín Oriental y dar un vistazo al mundo socialista.

—¿Se puede pasar con normalidad o hay que hacerlo clandestinamente, saltando el muro?

—No. Los turistas pueden cruzar para 24 horas. No hay más que tomar el metro y apearse en la estación de Friedrichstrasse. Si vas a estar un solo día basta con pagar 5 marcos, pero si deseas permanecer más tiempo puedes solicitar un permiso aquí, en Berlín Oeste. Allí hay mejores museos, mejores bibliotecas, la gente es más amable…

El sol me molestaba en los ojos, así que bajé la visera de mi lado del coche. En su parte interior, había un pequeño espejo que podía usarse como retrovisor.

En él se podía ver a un Mercedes bastante decrépito.

—… la vida es mucho más barata, tiene parajes incomparables… —seguía diciendo Sue en lo que parecía un catálogo de bondades sobre Alemania Oriental.

—A pesar de todo lo que me cuentas… —le interrumpí—, no me apetece cruzar al otro lado.

—Tú te lo pierdes. Yo pensaba que eras una persona que no tenías miedo a nada, un aventurero…

—¿Qué es aquello, *camarada*? —Disparé a bocajarro mi pregunta envenenada.

—¿A qué te refieres? —Respondió con toda naturalidad, como si estuviera acostumbrada a aquel tratamiento.

—Ese edificio de allí, tan extraño… —Dije yo, intentando desviar la conversación y que Sue no se diera cuenta de que se había delatado.

—Es la Iglesia de la Conmemoración. Fue destruida durante un bombardeo en la Segunda Guerra Mundial. La reconstruyeron y la añadieron una parte nueva.

Verdaderamente era una mezcla extraña. Era como si las ancianas piedras hubieran sufrido el ataque de un tumor. Una torre hexagonal, hecha a base de cristales de colores parecía querer desbancar la majestuosidad del antiguo campanario.

Algo así como si a la Estatua de la Libertad le hubieran puesto una escultura de Andy Warhol entre los brazos. Y he de decir que no tengo nada contra la Estatua ni contra Andy, sólo que no me gusta que me los mezclen. Me desagradan los batidos de chocolate con chorizo.

El anciano Mercedes seguía tras de nosotros y se detuvo cuando aparcamos el coche, a petición mía, para ver mejor el «monumento».

—Sólo un minuto. —Protestó Sue—. Una vez que encontremos un hotel «apropiado» tendremos todo el tiempo del mundo para hacer visitas turísticas…

Si la chica pensaba que me iba a dejar llevar al Hotel que ella eligiera, estaba en un error.

Ahora yo sabía que me hallaba en una ratonera. Y lo primero que tenía que hacer era desprenderme de ella y, a continuación, intentar salir de Berlín.

—¿Esto es la famosa Kurfiirstendamm? —Dije mirando la calle en la que se hallaban los dos incongruentes monumentos—.
¿La Ku’damm?

—Sí. Es la calle más conocida de Berlín Oeste: tiendas de moda, «*fast-foods*», los almacenes Werthiem, lujosas joyerías, el café Leysieffer… y más de

100 000
visitantes cada día.

Eso era lo que más me interesaba a mí: los
100 000
visitantes. Me hubiera gustado tenerlos allí a todos, rodeándonos, y haberme podido escapar de Sue y perderme entre el gentío.

De reojo lancé un vistazo hacia el Mercedes y vi que estaba vacío. Su ocupantes habían descendido y debían de estar espiándonos.

Un poco más allá, un coche de bomberos extendía con delicadeza su escalera telescópica para bajar a un gatito pequeño, que se había encaramado a las ramas más altas de uno de los árboles que bordean la
Ku'damm.

Casi sin darnos cuenta, nos unimos al grupo de personas que se proponían presenciar el espectáculo del animalito.

En pocos segundos varios cientos de curiosos mirábamos a lo alto y conteníamos la respiración viendo cómo el gatito huía de las protectoras manos de un bombero de servicio, y caminaba hacia el final de la rama delgada, bamboleante y frágil que parecía incapaz de aguantar el peso del cachorrito.

—No se os ocurra hacer ninguna tontería. —Dijo una voz a nuestras espaldas, mientras un objeto punzante atravesaba mi cazadora y entraba en contacto con mi piel.

La hice.

Me volví.

—¡Te avisé! —Gruñó la voz a mis espaldas.

Noté como un duro filo de metal rasgaba la piel de mi cazadora y la piel de mi cuerpo, provocándome un agudo dolor.

Gracias a que me había girado, el puñal no había alcanzado mis pulmones, o mi corazón.

Sue dió un grito y disparó una de sus manos hacia la cara del hombre que me había herido.

El canto de su palma se estrelló en un golpe seco contra la garganta del hombre que intentó dar un gemido, sin conseguirlo.

Casi antes de perder el contacto con él, se giró hacia el otro y le golpeó con el tacón de su bota en la entrepierna. Mientras que, con su mano izquierda, desviaba la navaja que empuñaba el «mío».

En dos décimas de segundo, nuestros dos enemigos estaban fuera de juego.

En tres décimas de segundo ella pasó mi brazo por sus hombros y me arrastró hacia el coche.

En cuatro décimas de segundo varios de los «curiosos» que nos rodeaban empuñaron sus pistolas provistas de silenciadores.

La quinta décima de segundo, me la apunté yo.

Agarré a Sue por la muñeca y la hice girar.

Aguantándome el lacerante dolor que venía de mi espalda, me alejé a la carrera de nuestro coche, rodeado por pistoleros.

Arrastré a Sue sin miramientos.

—¿Qué haces? —Me preguntó—. ¿Qué pretendes? ¡No tenemos escapatoria!

—Calla y sígueme.

En dos zancadas me sumergí entre los turistas de verdad, confiando en que los pistoleros no se atreverían a disparar sobre ellos.

Dos zancadas más y me coloqué al lado de la plataforma donde estaba instalada la escalera.

Se habían acabado las zancadas. Ahora tenía que subir.

El ascenso por los cuatro peldaños podía resultarme bastante más penoso que subir al Everest con los pies y las manos congelados.

Afortunadamente para mí, Sue estaba allí.

Sin hacer caso de mis gemidos, apoyó su hombro en mi culo y me empujó con fuerza.

Mi cabeza chocó con la barbilla del bombero que manipulaba la escalera.

Lanzó un grito y soltó el mando a distancia.

Lo cogí al vuelo, y al pobre hombre lo ayudé a caer en brazos de un compañero.

Mientras tanto, Sue se había encaramado al asiento del conductor y puesto en marcha el pesado vehículo.

—¡EHHH! ¿Dónde os creéis que vais? —Gritó, desde lo alto de la escalera, el bombero que estaba luchando por salvar el gatito.

Me pareció que Sue gritaba algo así como:

—A la puerta de Brandeburgo.

Pero no estoy seguro.

Lo que sí entendí claramente era lo que me decía a mí.

—Sube a lo alto de la escalera, despliégala al máximo, y espérame allí.

No tenía ninguna razón para obedecerla; estaba seguro de que se trataba de una agente de la KGB, me había engañado, falsificaba documentaciones con la misma facilidad que otras personas mastican un chicle…

Pero… ¿Cómo se lo explicaría yo?… Era la única persona que, hasta el momento, no me había disparado, ni clavado una navaja, ni nada por el estilo.

Así que me apresuré a seguir al pie de la letra sus instrucciones, mientras el vehículo arrancaba, a toda velocidad, por la Ku'damm.

Allá atrás quedó el bombero que, colgando de una rama, pataleaba y pedía ayuda a la gente que le observaba cuatro metros abajo.

Capítulo VIII

Circular por Berlín no es fácil.

Si Sue no lo sabía, lo descubrió en aquel momento. Las calles pasaban ante mis ojos sin que casi consiguiera retener sus nombres: Hofjareállee, Tauentzien.

Ludwigkirch, Entlastungs, Lietzenburger, y muchas otras más de igual, o todavía más, difícil pronunciación.

La sirena del coche, que Sue utilizaba en toda su plenitud, nos franqueaba el paso allí donde era difícil la circulación.

Pero en pocos minutos otros instrumentos se habían unido a nuestra singular orquesta y caminaban hacia el «Concierto»: media docena de motos de Policía, dos ambulancias, un *jeep* de bomberos…

Yo me desentendí de la «música» y me dispuse a solucionar mis problemas.

O mejor dicho, mi problema.

¡Subir la maldita escalera!

Mi cazadora, mi camisa, mis pantalones… todo yo, chorreaba sangre de la herida recibida, que me dolía como un demonio. En esas condiciones era inútil que intentase trepar por ella: me desmayaría antes de haber alcanzado el primer empalme.

Así que intenté obligar a la escalera a que se replegase, para tener que subir menos peldaños.

El mando, muy similar a un *walkie-talkie*, tenía más botones que el uniforme de un dictador sudamericano. Y yo los fui probando por orden: de izquierda a derecha y de arriba abajo.

Magníficos rascacielos de oficinas, puro aluminio y cristal, vieron destrozadas sus fachadas.

Los árboles sufrieron una traumática poda de sus ramas más

altas.

Varios cables de la luz y del teléfono se vinieron al suelo incomunicando, aún más, a algunos habitantes de Berlín.

Los semáforos caían tronchados como las espigas de trigo bajo la hoz del segador. (¡Qué frase tan poética!).

En un momento en que la escalera, en toda su extensión, se puso horizontal, conseguí romper todos los cristales del segundo piso de un autobús.

También destrocé un buen número de rótulos luminosos, marquesinas, terrazas ajardinadas…

Dicen que antes de la guerra, en la
Ku’damm
había 235 edificios y que, después de los bombardeos, solamente quedaban unos cuarenta, aunque seriamente dañados.

Quizá nuestro «paseo» batió ese récord.

Consúltenlo en el Guiness.

Lo que sí es seguro es que los policías que nos perseguían estaban dispuestos a terminar con nuestro *Rally* a cualquier precio.

Dos motos comenzaron a circular por las aceras a toda velocidad, sin preocuparse demasiado por los peatones.

Una de ellas corría sobre los coches aparcados en hilera.

Otra se había aproximado a nosotros y el agente sentado en el asiento trasero, se esforzaba por encaramarse a la plataforma, con el mismo estilo que un apache emplearía para subir a la diligencia que perseguían.

Sue dio un volantazo, y la moto y sus dos ocupantes salieron despedidos y se estrellaron contra el grueso cristal anti-balas que protegía el escaparate de una lujosa joyería.

Aquellos dos, no nos perseguirían en un buen rato.

Por fin, a fuerza de apretar botones como un pianista loco, había conseguido que la escalera telescópica se replegase sobre el último de sus tramos.

Y emprendí el penoso ascenso.

Fue un esfuerzo agotador. Cada peldaño era dejar un pedazo de mí.

Pero, al cabo de un rato, conseguí alcanzar la cumbre, y oprimí el botón que volvía a desplegar la escalera, conmigo en la cima.

Había anochecido y desde lo alto, se me ofrecía una

impresionante panorámica de la antigua capital alemana.

Lo malo era que no estaba en condiciones de apreciarla.

Muchos de ustedes se preguntan cómo los conductores de *Rallys* no se marean debido a los giros y curvas de su recorrido.

Yo lo tenía bastante peor.

Prueben ustedes a subir a lo alto de una frágil escalera de treinta metros de altura, y pongan al volante del camión a un conductor suicida.

Cada uno de los volantazos de Sue, significaba para mí un empujón como el del anzuelo en la caña de pescar, al ser lanzado, de un golpe, sobre las aguas.

Más que agarrarme a la escalera estaba adherido a ella: manos, pies y dientes, se aferraban a todo lo que podían con tal de no salir despedido en alguno de los virajes.

Casi sin darme cuenta, aquello se estaba convirtiendo en un tiovivo, ya que Sue estaba dando vueltas a algo que parecía llamarse Plaza Emst Reuter.

Después, pisando al máximo el acelerador, enfilamos la primera parte de la «Avenida del 17 de Junio».

Con un par de golpes de volante, esquivó la estatua de la Victoria, más conocida como «Elsa de Oro» y que se halla en lo alto de una columna situada en la Plaza Gresserstern.

Y, por fin, una larguísima avenida: el tramo final de la «17 de Junio». Se trata de una calle impresionante, rodeada de parques, con dos direcciones y muchos carriles, que culmina en la Puerta de Brandeburgo, el punto central y más conocido del Muro de Berlín, el que parte la ciudad en dos partes aisladas entre sí.

Nosotros avanzábamos hacia allí.

Desde mi «observatorio» podía divisar el conocido «pirulí» de la torre de comunicaciones de Berlín Este, también se podía ver…

—Veo que has conseguido llegar a lo alto, sin mi ayuda.

—Sí, gracias Sue… ¡¡¡Sue!!! ¿Qué demonios haces aquí? ¿Quién va al volante? —Pregunté asustado al ver a la chica a mi lado.

—El piloto automático. —Me contestó sonriendo.

—¿Estos camiones llevan piloto automático?

—No. Es un añadido mío. Pura tecnología «made in Sue». Una horquilla para que no se afloje el acelerador, y mi cinturón para sujetar el volante y mantener fijo el rumbo de la navegación…

—Pero…

No pude protestar. Un montón de sirenas se habían unido en nuestra persecución.

Las motos, como si fueran laboriosas hormiguitas, nos rodeaban intentando darnos un bocado.

Sue, me quitó el mando de las manos y comenzó a manejarlo con destreza y energía.

En la plataforma un par de cañones giraron hasta apuntar a las motos.

Un nuevo toque del dedo índice de la chica, y los dos cañones comenzaron a escupir espuma blanca sobre los policías.

Repentinamente, las «hormiguitas» se habían convertido en bolas de una partida de billar americano.

Resbalaban, patinaban, derrapaban, salían haciendo eses, chocaban, entrechocaban, se volteaban, giraban, danzaban…

Creo que ya se pueden hacer una idea.

El espectáculo era fascinante.

Por la parte trasera: la actuación de las «Motos Locas de los Muchachos de la Policía de Berlín».

Y por la parte delantera, la Puerta de Brandeburgo, acercándose a nosotros a toda velocidad.

Tan absortos estábamos, que no vimos como uno de los policías conseguía encaramarse a la ventanilla del conductor, apoyaba su mano en el volante y daba un brusco tirón.

En unos segundos, la situación cambió.

El coche de bomberos derrapó.

La escalera desapareció bajo nuestros pies.

A Sue la perdí de vista.

Yo salí volando.

Volando como Supermán.

Pero volando como Supermán en plena borrachera.

Capítulo IX

Los guardias de Berlín Este, miran hacia el Oeste, pero lo hacen para disimular.

No creo que ninguno de ellos tenga ni la más remota sospecha de que le puedan atacar desde la parte occidental.

Se preocupan más de un fugitivo que salga a sus espaldas, que de una invasión con dirección a sus narices.

Por eso, en realidad, están siempre más atentos a lo que pase detrás de ellos.

Por eso no me vieron venir.

Estaban haciendo el ritual del cambio de guardia. Ya saben, un grupo de seis soldados, levantando las piernas en un ángulo de 90 grados con respecto a su cuerpo.

Eso que llaman pomposamente «el paso de la oca», aunque yo nunca he visto a las ocas perder el tiempo de una forma tan lamentable.

Lo cierto es que aquellas seis piernas formaban una especie de red, similar a la que realizan los bailarines de *ballet* con los brazos, para recibir a la «Primma Donna», y evitar que se descalabre.

Yo caí allí.

Pero en vez de elevarme artísticamente hacia el techo del escenario, me miraron con ojos aterrorizados, y salieron corriendo en todas direcciones, como si yo fuera la avanzadilla de un ataque de las tropas de la OTAN.

En unos segundos, comenzaron a oírse sirenas, pitos, gritos de «¡¡ACHTUNG!! ¡¡ACHTUNG!!», carreras, disparos, fuertes pisadas en el suelo, ladridos de perros…

Los focos comenzaron a barrer toda la zona.

Antes de que pudiera reponerme de mi agitado vuelo, más de

doscientas metralletas se apiñaban en torno a mi pecho.

—¡Alto! ¡Quietos! ¡No disparéis! ¡Quiero a ese hombre vivo!

Eso último era verdad. Conociéndola como yo la conocía, estaba seguro de que me prefería vivo, y en la cama, a muerto y en cualquier otra parte.

Varios altos mandos salidos de detrás de unas trincheras de hormigón se acercaron a ella y comenzaron a examinar su documentación.

Cuando vieron los jirones a los que había quedado reducida su ropa, y lo que había debajo de los escasos trozos de tela que la cubrían, también se decidieron a cachearla concienzudamente.

Yo, mientras tanto, estaba en el suelo, desangrándome, y contemplando un cielo tachonado de cañones de subfusiles ametralladores.

A Sue le costó un buen rato convencerles. A la documentación no le pusieron ninguna pega, pero había una Coronel empeñado en asegurarse de que no llevaba ningún arma escondida. Mientras tanto, otro llamaba a la Cancillería, que a su vez hablaba con el ministerio de Asuntos Exteriores, que estaba en comunicación con su Embajador en Moscú quien, a su vez, llamaba por otra línea al Jefe de la KGB, quien consultaba con el Presidente.

Por fin, los teléfonos fueron colgándose después de transmitir las órdenes pertinentes y nuestros aguerridos militares se convencieron de que no éramos una nueva arma de los degenerados países capitalistas.

Deshaciéndose en cumplidos, devolvieron sus papeles a Sue, ordenaron que los subfusiles dejaran de apuntarme, me ayudaron a incorporarme y se ofrecieron a curar mis heridas.

—No hay tiempo. —Cortó Sue—. Déjenme un botiquín de campaña, y pongan su mejor coche, con un buen chófer, a mi disposición.

En pocos segundos, teníamos ante nosotros lo que Sue había solicitado.

Subimos al vehículo y la chica comenzó a dictar órdenes:

—Llévenos al aeropuerto más próximo, y diga por su radio-teléfono que tengan preparado el avión más rápido de que dispongan. Que lo preparen todo para efectuar un viaje a Moscú, llevando dos pasajeros.

El chófer, comenzó a cursar las instrucciones recibidas, mientras Sue se afanaba en curar mi herida.

—¿Sorprendido por mi identidad? —Me preguntó con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—No. —Le contesté quitándole importancia—. Lo sospechaba. Además, en un momento de nuestra gira por Berlín Oeste, te llamé *camarada* y contestaste con toda naturalidad.

No debía de haber dicho eso. No. Mucho menos cuando ella se disponía a examinar mi herida.

—Muy listo el muchacho… —Dijo con falsa ironía, mientras me hurgaba en el corte con unas pinzas. Después, me dio un palmetazo, diciendo que no era nada, derramó un buen chorro de alcohol sobre mis abiertas carnes, y me anunció que me tendría que dar unos cuantos puntos de sutura y que se vería obligada a hacerlo sin anestesia, ya que en el botiquín no había…

Fue toda una experiencia. Y no me gustaría repetirla.

Por fin, se apiadó de mí, y comenzó a vendarme con cariño.

—Ahora que estamos un poco más calmados… —comencé a decir—, ¿podrías explicarme todo este lío de agentes secretos que me quieren asesinar, que me salvan, que me vuelven a querer asesinar, que me esconden…?

—Es muy fácil.

—Pues inténtalo en pocas palabras, porque me estoy durmiendo.

—Verás: cuando dejaste caer la bomba le diste de lleno a un submarino soviético y…

—Eso ya lo sé. Cuéntame lo que me interesa: ¿Quién busca mi pellejo? ¿La CIA? ¿La KGB?

—Las dos. —Dijo ella.

—Ya. Y tú… ¿Has decidido traicionar tus más altos ideales a causa de mi amor?

—No.

—Pero tú eres de la KGB…

—Sí.

—¡Deja de decir «sí» y «no» y explícame lo que sucede!

—Una parte de la KGB quiere matarte, y otra te defiende. Una parte de la CIA quiere matarte y otra te defiende. ¿Lo entiendes ahora?

—No. Antes sabía que había dos bandos: CIA y KGB. Y que los

dos están contra mí. Ahora resulta que los dos bandos se han escindido: unos me quieren y otros me odian.

—En todas partes hay «halcones» y «palomas». «Halcones» que buscan la guerra y «palomas» que desean la paz. —Terció ella.

—¿Cómo sabré quién es de la CIA? ¿Cómo sabré si es de la CIA-antilndiana, o de los otros? ¿Cómo sabré eso mismo de la «KGB»?

—No hace falta que te preocupes de eso. Ya estás en buenas manos. La KGB buena. Ésa soy yo. Tatiana Nublinka Tereschova. Para los amigos

T. N. T.

No estaba mal aquel mote. Le iban bien a la chica.

Lo malo es que dinero llama a dinero, al perro flaco todo son pulgas, etc, etc.

Es decir, que pronunciando las palabras

T. N. T.,

pasó lo que tenía que pasar.

Primero se oyó un FLOP, FLOP, FLOP, típico de las aspas de un helicóptero.

Después un FSSSSHHHHH, de esos que se oyen cuando se lanza un proyectil aire-tierra.

Luego un BANG, delante de nuestras narices.

Un CRASHH al estallar el parabrisas del coche.

Y un

T

AT-TAT-TAT-TAT,

de una metralleta que disparaba sobre nosotros.

CAPÍTULO X

El chófer, con toda la cara ensangrentada por los mil cristales en los que se había convertido el parabrisas, aún tuvo tiempo de girarse hacia nosotros y lanzamos un par de pistolas
Bmo-CZ-75,
de fabricación checoeslovaca. Si bien son algo pesadas, tienen la ventaja de que, en cada cargador, pueden ir hasta 15 balas de
9 mm.
Parabellum.

Sue, o mejor dicho Tatiana, cogió una. Yo tomé la otra.

Antes de salir, la chica abrió una puertecita situada en la parte trasera del asiento del conductor y extrajo varios botes de su interior.

—Nos lo vamos a pasar bien. —Dijo, apretando los dientes.

A continuación empujó la puerta y saltó al exterior, mientras me gritaba:

—¡Vamos, sígueme!

La obedecí.

Ya era de noche, y las nubes impedían ver nuestro entorno con claridad. De un vistazo rápido intuí que nos hallábamos en medio del campo.

A la izquierda de la carretera había unas llanuras de pastos, y a la derecha, un bosquecillo.

No había duda en la elección: los árboles.

Un rayo de luz, procedente del foco del helicóptero, nos iluminó.

Una tormenta de balas nos rodeó, levantando trozos de asfalto y convirtiéndolo en peligrosa metralla.

Sue-Tatiana me hizo un gesto imperioso:

—¡Acércate!

Mientras lo decía, sujetaba su pistola con los dientes y manipulaba nerviosamente uno de los botes que había sacado del coche.

Por fin consiguió arrancar la cerradura.

¡¡¡¡¡FFFFSSSSHHHHHHHHH!!!!!

Hizo el bote mientras una densa humareda nos rodeaba.

Su mano se apoderó de mi brazo y me arrastró tras de ella, empujándome hacia el refugio que nos ofrecía el bosque.

La cortina de humo, y nunca mejor dicho, nos envolvió, provocándonos un fuerte acceso de tos, pero escondiéndonos a los ojos de la gente del helicóptero.

Oímos el chirrido de los frenos de varios coches, y un griterío de voces.

—¡Van hacia el bosque!

—¡Rodeadlos!

—¡Cuando se vaya el humo, los del helicóptero nos dirán dónde están, pero ahora tenemos que impedir que se nos escapen!

Debían de ser, al menos, veinte personas.

Tatiana maldijo en voz baja, mientras me ayudaba a subir a un árbol.

El helicóptero se había aproximado a nosotros, hasta que su tren de aterrizaje casi tocaba las copas de los árboles.

Las hélices, agitaban las ramas, haciéndome muy penoso el ascenso. Los puntos que la chica me había dado en la herida, debían de haber saltado con la misma facilidad que «La Masa» rompe las costuras de su camisa, durante sus transformaciones.

—Espérame aquí —dijo Tatiana, mientras comenzaba a trepar por el tronco del árbol con la misma facilidad que lo haría un mono de feria.

La vi detenerse a pocos metros de la copa.

Se sujetó al tronco con las rodillas y un brazo, mientras con la mano libre y la boca, manipulaba otro de los botes.

El helicóptero estaba a cinco metros por encima de ella.

Cuando el humo comenzó a brotar de la abertura del bote, ella trepó a toda velocidad hasta la copa y, realizando un arco con la mano, lo lanzó hacia el aparato.

Describiendo una parábola perfecta, el bote de humo entró por la puerta corredera del helicóptero.

No pudieron hacer nada. Antes de que se hicieran con él, todo el aparato estaba lleno de un humo picante, denso y negruzco.

El helicóptero dió un giro hacia arriba, después se tambaleó y descendió unos metros, haciendo un sinuoso
zig-zag.

Sus hélices chocaron con las ramas de un gigantesco abeto…

Y se escoró peligrosamente.

Su tren de aterrizaje se enganchó en la copa de un pino…

El piloto debió de intentar forzar los motores al máximo para deshacerse del enredo…

Pero no podía ver bien, y el aparato se inclinó hasta hundirse entre los árboles.

¡¡¡¡¡BRAAAAMMMMMM!!!!!

Chocó contra el suelo y, entonces, pudimos escuchar una gran explosión.

El fuego iluminó tétricamente la escena.

—¡¡¡Los quiero muertos!!! —Gritó el que parecía ser el jefe de las tropas de a pie.

Amartillé la pistola con energía.

Tatiana, a mi lado, hacía lo mismo.

—Sólo me queda un bote. —Me susurró al oído—. Lo utilizaremos para intentar escapar…

Procurando no hacer ruido, pero a toda velocidad, descendimos hasta el suelo.

Las voces de la jauría que nos perseguía, parecían indicar que estaban cerrando el cerco.

El sonido de los motores de otro helicóptero, vino a llenar el silencio sólo roto por las voces crispadas.

—Esto se pone feo… —Dijo la chica.

Avanzamos hacia la derecha, con los ojos atentos a descubrir cualquier sombra que delatara la proximidad de nuestros enemigos.

Por fin avistamos a dos de ellos. Iban armados con subfusiles ametralladores, y enfocaban hacia los árboles con potentes linternas.

—Voy a tirarles el bote. —Dijo Tatiana.

—De acuerdo. —Le contesté—. Mientras el humo ciega tus ojos, corre hacia delante. Nos veremos detrás de la nube… con suerte.

Se acercó a mí y me dió un beso.

Después, abrió el bote y lo lanzó.

En dos segundos aquello se asemejó a un escenario neblinoso de películas de terror.

Y en tres segundos, nos quedamos ciegos.

Comencé a correr hacia delante. Tropecé con ramas, raíces, piedras y matorrales. Me caí una docena de veces, pero, después de cada caída, las voces estaban más lejos…

Y, por fin, salí de la nube de humo.

Tatiana apareció detrás mío.

Tras ella, un par de hombres de la KGB.

Ante nosotros se extendía una gran llanura de pastos, sin ningún relieve ni montículo tras el que esconderse.

Sobre nuestras cabezas, el sonido del helicóptero comenzó a oírse con mayor intensidad.

Los hombres de la KGB apuntaron sus pistolas hacia nosotros.

—¡Corre! —Me gritó Tatiana—. Están demasiado lejos para alcanzarnos con sus disparos…

Yo estaba casi sin fuerzas.

La herida de la espalda me sangraba abundantemente, y sentía que estaba a punto de desmayarme.

El helicóptero se hallaba justo sobre nosotros, y el viento de sus hélices hacía tambalear.

Apunté cuidadosamente el cañón de mi pistola hacia su motor.

Una cuerda cayó desde la abierta puerta.

Una voz restalló en mis oídos:

—No dispares, imbécil. ¡Nos envía Zenna Davis, del *New York Times!* Somos amigos…

Zenna. Mi buena amiga Zenna acudía, una vez más, en mi ayuda.

Tomé a Tatiana por debajo de los sobacos con el brazo izquierdo, mientras me aferraba con la mano derecha a la cuerda, y me dejaba arrastrar hacia el cielo oscuro.

CAPÍTULO XI

Jalaron de la cuerda con fuerza, ayudándonos a subir.

Gracias a eso, conseguimos alcanzar el helicóptero, porque mis fuerzas empezaban a flaquear y yo temía desmayarme y caer con Tatiana.

Nada más apoyar los pies en la plataforma, abrí la boca y respiré hondo.

Antes de que pudiera cerrar los labios un silenciador adosado al cañón de un revolver, se abrió paso entre los dientes y se apoyó, sin ninguna delicadeza, en mis amígdalas.

—Un solo movimiento y te abro una ventana en el cogote. —Me dijo un tipo con aspecto de oso de las montañas.

Obedecí sin un solo reproche.

La chica no había tenido mejor suerte. Casi antes de que sus pies se apoyaran en el suelo, ya estaban encañonándola.

—Camarada Tatiana… Has hecho un buen trabajo. Me gustaría que estuvieras en mi bando, eres una mujer valerosa, decidida, con imaginación… Lástima que estemos en trincheras enfrentadas.

—El Camarada G, sabrá quiénes son los traidores, quienes quieren empujar a nuestra gloriosa República de Soviets a una guerra atómica. A una guerra que nadie ganará.

El «Oso» lanzó una teatral carcajada.

—El Camarada G, nunca sabrá nada. Ordenará disparar las bombas sobre los Estados Unidos y cuando el ogro imperialista esté destruido, pasará a la historia como un héroe.

Deduje que el «Camarada G,» debía de ser Gorbachov. No creo que esta gente deje la facultad de apretar el botón de las bombas en demasiadas manos.

El «Oso» prosiguió su charla:

—Todas las huellas de vuestras andanzas, ya están borradas. Los soldados que hacían guardia en la Puerta de Brandeburgo ya han sido fusilados. La nota oficial, dirá que fallecieron víctimas de un ataque suicida de mercenarios imperialistas, pagados por un millonario tejano, deseoso de vengar la muerte de un periodista americano en Beirut.

Tatiana lo escuchaba todo con aire abatido. Parecía que nos habían ganado la partida.

El «Oso» dejó de hablar para nosotros, y se volvió hacia su piloto.

—Ponga rumbo al aeropuerto de Waltricht. Allí nos espera un avión que nos llevará a nuestro destino.

—¿Fno Fpiensfan fmatfarme? —Balbuceé a pesar del cañón del revólver.

—¿Cómo? —Preguntó el «Oso» sacando el arma de mi boca.

—Decía que si no piensa matarme.

—Después, cuando los Estados Unidos hayan sido destruidos. Hasta ese momento, puedes hacemos falta para sacarte en una rueda de prensa diciendo que estabas a sueldo de la CIA…

—Nunca conseguirán que yo diga…

El helicóptero dejó de avanzar, manteniéndose colgado en el aire.

—Descienda.

Aprovechando las luces que nos iluminaban examiné la situación. Dentro del helicóptero estábamos Tatiana y yo, el «Oso», el piloto, y cuatro tipos más que no dejaban de apuntamos con los subfusiles.

En el exterior había aparcados varios pequeños reactores de media docena de plazas, y una gigantesca «Tupolev» de la Aerflot, en cuyo interior estaban entrando los últimos pasajeros civiles.

Hice lo único que podía hacer. Para que me matasen dentro de unas horas, mejor suicidarme allí mismo.

Lancé un brazo al cuello del «Oso», y lo apresé usándolo como escudo.

Simultáneamente, con el codo, le aticé un buen porrazo en la nuca del piloto.

El avión quedó sin guía y comenzó a hacer locuras.

Uno de los esbirros del «Oso» salió por la puerta y cayó sobre la

pista de aterrizaje. Tatiana se encargó de otro.

—¡Maldita sea! ¡Disparar! —Gritaba mi «escudo»—. No os importe mi vida.

Atravesad mi cuerpo con vuestra balas… pero acabad con él.

Con la mano derecha, me hice con el mando del aparato.

El «Oso» no dejaba de intentar golpearme con los codos, con los puños, con la cabeza…

¡Así no hay quien conduzca!

Cuando me quise dar cuenta volábamos a un metro del suelo y estábamos a punto de embestir al *Tupolev*.

Apagué el contacto del motor del helicóptero. Las hélices perdieron fuerza y tomamos tierra como un saco de patatas arrojado desde un camión.

Antes de que nadie reaccionara, tomé a Tatiana por el brazo y la empujé fuera del helicóptero. Las balas silbaron alrededor nuestro.

La empujé hacia la escalerilla del avión. La de los pasajeros ya había sido retirada, pero la de la tripulación todavía estaba allí.

Salté por los peldaños, animado por el ruido de las balas.

¡Y pensar que en Berlín, no había podido con una simple escalera de bomberos!

En cinco segundos estábamos en la cabina de los pilotos. Tatiana cerró la puerta a toda velocidad.

Afortunadamente, en la Unión Soviética tienen tanto miedo a los secuestros de aviones, que las Cabinas de Mandos, son «bunkers» inexpugnables.

—¿Sabes pilotar un cacharro de éstos? —Me pregunto la chica con aprensión.

—Bueno… Sé pilotar otros aviones más pequeños. Es como saber conducir un deportivo, y sentarte al volante de un autobús. ¡Es cuestión de volar con precaución!

Encendí los pilotos.

Desconecté la radio, seguro de que desde la Torre de Control no iban a ayudarme.

Puse en marcha los motores, preparé los alerones… y me lancé al vacío.

Cinco minutos después, escoltados por un innumerable enjambre de aviones MIG-de-toda-clase-de-numeraciones, volábamos hacia Moscú.

Permítanme que les ahorre las descripciones de nuestro incómodo vuelo.

Únicamente les diré que dispararon misiles con la intención de atemorizamos, intentaron ponerse frente a nosotros para obligamos a aterrizar, quisieron pinchamos las ruedas del tren de aterrizaje…

Pero el *Tupolev* siguió imperturbable su ruta.

—Es una locura… —Repetía Tatiana—. Cuando tomemos tierra nos estarán esperando, nos fusilarán allí mismo… ¡Nunca conseguiremos contarle la verdad al Camarada G!

Esa chica comenzaba a flaquear cuando más la necesitaba.

Porque lo cierto es que yo tenía una idea.

Una buena idea.

Ya la había puesto en práctica unos años atrás, cuando aterricé en avión en pleno paseo central de Cannes[5].

Además, aquel chico alemán que me había copiado, creo que se llama Mathias Rust, había conseguido aterrizar con un Cessna 172, en plena Plaza Roja de Moscú.

No importa que un Airbus sea quinientas veces más grande que un Cesnna. ¡Lo importante es la habilidad del piloto!

¡Tenía que conseguir que la cabina de mi avión quedase a la altura de la ventana del despacho del Camarada G!

Así que cuando estuvimos sobre Moscú me limité a decir:

—Un mensaje del capitán al pasaje: abróchense el cinturón. No hace falta que apaguen sus cigarrillos, posiblemente será el último. ¡Suerte para todos!

Y me lancé en picado, apuntando hacia el despacho del Camarada G.

Visto desde el aire, el Kremlin parece una prisión: una fortaleza ocupada por larguísimos edificios de dos o tres plantas, poblados de simétricas ventanitas.

Todo ello rodeado de una gran muralla roja salpicada de torreones.

En uno de sus costados, y casi pegado a la muralla por su parte exterior, se halla el Mausoleo de Lenin, dentro ya de la grandísima e impresionante Plaza Roja.

Justamente detrás de la tumba, y a caballo de la muralla, está la Torre del Senado y de Nikoskaja. Detrás de ésta, hay un edificio de base triangular, con tres plantas de altura, y cubierto por un tejano

negro.

Justamente debajo del tejado hay una gran sala y, anexo a ésta se halla un pequeño despacho donde trabaja el Camarada G.

Como habrán podido comprobar no iba a ciegas. ¡Sabía perfectamente dónde debía de dirigirme!

Lo difícil sería conseguirlo.

Las manos comenzaron a temblarme. El avión comenzó a cabecear. Tenía miedo, mucho miedo. Para qué voy a negarlo.

Lo malo era que con el tembleque estaba poniendo en peligro la última fase de mi plan para salvar al mundo.

Así que, para suprimir los temblores, suprimí el motivo del miedo.

Cerré los ojos…

Y allí fui.

¡¡¡CRASSHHH!!! ¡¡¡BANGGGG!!! ¡¡¡SPROMMM-PPPFFF!!!

El ala izquierda del aparato había destrozado la pirámide que corona la Torre del Senado.

El tren de aterrizaje había estado a punto de machacar el Mausoleo de Lenin.

Pero, maravillosamente, el extremo del ala, se había detenido a menos de tres metros de la ventana del despacho del Camarada G.

—¡Lo has conseguido! —Aulló Tatiana.

Rápidamente abrí la puerta que nos ponía en contacto con la zona de viajeros y corrí por el pasillo en busca de las ventanas situadas sobre el ala izquierda.

¡Qué ovación! Los pasajeros, puestos en pie, aplaudían hasta dejarse la piel de las manos.

Ganas me dieron de volver a los mandos y hacer un viajecito hasta el cuidado césped que hay delante de la ventana del Despacho Oval de la Casa Blanca.

Aunque la verdad es que el auténtico reto para un piloto sería meter un aparato como éste ante el número 10 de Downing Street.

Pero no me dejé arrastrar por mi vanidad, y sí por el imperioso empujón de Tatiana.

Había roto los cristales y me arrastraba el exterior por la pequeña ventana del avión.

¿Se han dado cuenta de que, aunque los aviones sean grandes, las ventanas siguen siendo diminutas? ¡Curioso!

Una vez fuera, la chica me obligó a correr por la deslizante ala del avión.

En la ventana del despacho del Camarada G, un buen número de personas nos miraban boquiabiertos, pero al vernos avanzar hacia ellos, abandonaron su expresión estúpida y empuñaron todo tipo de armas.

—¡Soy
T. N. T.!
Agente de la KGB en misión especial. —Gritó la chica alzando las manos en gesto de rendición, a la vez que me instaba a hacer lo mismo—. Necesito hablar con el Camarada G.

Las armas parecieron dudar unos instantes, hasta que un individuo alto, moreno y de finos labios, dijo sin alzar la voz:

—Es verdad. Yo respondo por ella.

Las armas se esfumaron y Tatiana y yo, seguimos avanzando hacia el despacho.

Se apartaron de la ventana, dejándonos espacio para que pudiéramos aterrizar.

—Menos mal que has llegado… —Le dijo el individuo alto a la chica—. El Presidente, el Camarada G, ha dado un ultimátum a los americanos. Y termina dentro de 20 minutos.

—Pues preséntemelo, que le contaré lo sucedido. —Le interrumpí.

—No está aquí. Se halla en su «dacha», en su casa campestre de descanso. —Me aclaró—. Ha decidido que una decisión tan grave como la que debía de tomar, había de ser meditada con tranquilidad y sosiego. El futuro de la humanidad depende de eso.

—Pero… se podrá hablar con él, llamarle por teléfono… ponerse en contacto de alguna manera… —Casi lloraba Tatiana.

—Ha cortado las comunicaciones. Se pondrá en contacto con nosotros, para averiguar si hay alguna novedad, cinco minutos antes de la hora H.

—Bueno, pues esperaremos y, cuando llame, le decimos que… —Sugerí yo.

—Imposible. —Dijo el tipo de los labios finos—. No me fió de que se intercepte la llamada.

—¿Quién es este maldito aguafiestas? —Le pregunté a Tatiana.

Es mi jefe.

¡Caramba! El amo y señor de la RGB. Millones de personas temblarían con sólo pensar que iban a estar delante de él.

—¿Qué solución se te ocurre, «listillo»? —Le interrogué.

—Ir allí y hablar con él.

—Perfecto. Préstame un coche, y una brigada Acorazada de escolta.

Uno de los tipos que nos escuchaba, alguien del Politburó, del Soviet Supremo, o de alguna cosa parecida, carraspeó y dijo:

—Creo que… si me permiten que interrumpa —añadió al ver cómo el Jefe de la KGB, lo fulminaba con la mirada—… Creo que sería conveniente hacerlo justo al revés.

Varios Mariscales del Ejército son partidarios de bombardear los USA, y no desean que el Camarada G, se entere de la verdad.

Un silencio cayó sobre la sala.

—Si quieren bombardear Washington, no creo que tengan ningún reparo en destrozar un convoy militar en Moscú… —añadió —. Lo mejor sería que el convoy fuera custodiando un coche vacío, y que ustedes salgan de incógnito en…

¡¡¡BANGGG!!!

Otro tipo había sacado una pistola y abierto fuego contra el individuo que hablaba.

En una décima de segundo todos tenían sus armas en la mano y se disparaban unos a otros como si, en lugar de balas, se arrojasen confeti.

Se había desatado la guerra entre los «halcones» y los «palomas», entre los partidarios del bombardeo y los que preferían la paz.

Tatiana me agarró por el brazo.

—¡Vámonos!

Ella debía de saberse de memoria aquel laberinto, porque me arrastró a través de doscientos despachos, mil escaleras, cuatro mil pasillos…

Hasta que llegamos frente a un flamante «Chaica» negro, el vehículo que usan los miembros del Comité Central.

Se sentó al volante, lo puso en marcha y apretó el acelerador.

Tatiana conducía con absoluta seguridad, por el carril reservado a las autoridades, aunque el tráfico en Moscú, en aquellos momentos era muy reducido.

Casi todos los habitantes de la ciudad debían de estar en sus

casas, con sus familias, preparándose para lo que se les venía encima, para el fin del mundo.

Avanzamos por la calle Kutuzovsky Prospekt y giramos a la derecha hasta enfilar la carretera de Rublevo.

Cruzamos el puente Uspenskoye y recorrimos unos cuantos kilómetros.

Y, cada diez segundos, yo miraba nerviosamente el reloj.

Llegamos a una aldea llamada Uspenskoye.

—Por aquí tiene que estar la dacha del Camarada G. —Dijo Tatiana mirando en todas direcciones.

—¿Qué quieres decir con eso de «por aquí»? ¿Acaso no sabes exactamente dónde se encuentra?

—Bueno… por aquí están las residencias de los artistas notables, de los grandes científicos, de los altos militares, de los miembros del Politburó, de los del Comité Central…

—¡Maldita sea! ¡Pueden ser miles de chalets, o «gachas», o como quiera que se llamen!

—Dachas. —Puntualizó Tatiana.

—Me da igual el nombre. No es momento para precisiones lingüísticas. Faltan tres minutos. Sólo tres minutos para que el mundo estalle en pedazos. ¡Ni siquiera tenemos tiempo de llamar a una de esas puertas y preguntar por dónde se llega a la «cacha»…!

—Dacha.

—¡A la leche del Camarada G.! Esto se llama buscar una aguja en un pajar. ¡Una entre las mil y una dachas!

—¿Puedo ayudarles, señores? —Dijo una voz a mis espaldas.

Los dos nos miramos sorprendidos.

—¡¡¡Camarada G!!! —Gritó Tatiana a punto de desmayarse.

Era él, vestía con sobria elegancia. Llevaba un traje que disimulaba su gordura y que le hacía parecer más esbelto.

—Encantado de conocerle, Sr. James. —Dijo tendiéndome la mano y sonriéndome abiertamente—. ¿Han tenido un buen viaje?

No le contesté. Simplemente, me puse a reír. ¡Un buen viaje!

Era una risa nerviosa que no podía contener. ¡Tantas cosas que tenía que explicarle antes de treinta segundos, y yo estaba allí, riéndome como un idiota!

El Camarada G. colocó la mano en mi hombro y me dijo:

—Tranquilícese. No pienso apretar ese botón. Nunca he pensado

hacerlo.

¡Aquello me tranquilizó!

Abrió la puerta trasera del coche, y se sentó en el asiento.

—Si me permiten que les conduzca hasta mi dacha…

Tatiana fue guiando el coche siguiendo las precisas indicaciones del Camarada G, y en pocos minutos estábamos frente a su soberbia mansión.

¡Esto sí que es lujo!

Una mansión que haría palidecer de envidia a Vanderbilt, a Rockefeller, a Onassis…

—Pasen a mi biblioteca… —Dijo el camarada G. abriendo una puerta de madera tallada, y cediéndonos el paso.

Pasé primero, ya que Tatiana estaba absorta contemplando los cuadros que colgaban en las paredes del pasillo.

La habitación estaba presidida por un retrato del Camarada G. realizado por algún artista que le conocía bien, ya que le había «aliviado» del peso de algunos kilos.

Alguien me tocó el hombro con los dedos. Me giré y…

Y me llevé un puñetazo en la mandíbula.

—¿Quién…? —Grité desde el suelo, frotándome la barbilla.

Jim Tonic, con las piernas separadas y los brazos en las caderas, me contemplaba, con aire de pocos amigos.

—¿O sea que cuando el señor se mete en una buena aventura, se olvida de los amigos? ¿O sea que yo sólo sirvo para llevarme a hoteluchos de mala muerte, a la Antártida, a Haití…?

—¡¡¡Jim!!! —Grité abrazándome a él—. ¿Qué haces aquí?

—Nada especial. Como tú estabas entretenido en hacerte matar, yo tuve que traer tu recado, acompañado por una colega de la «Señorita
T. N. T.».

—Todo está aclarado… —Terció el Camarada G—. Nada más producirse la crisis el Presidente de su país me llamó por el «teléfono rojo» y me explicó lo que había sucedido. Según parece a la CIA no le costó mucho esfuerzo reconstruir sus andanzas en Haití.

—¿Y creyó al Presidente, sólo con su palabra, sin una sola prueba? —Pregunté maravillado de la buena fe del Camarada G.

—Bueno… —dijo sonriendo pícaramente—. Como actor deja mucho que desear: cuando miente se le nota mucho. Y cuando me

llamó, les aseguro que aprecié que no estaba mintiendo. Por cierto, desea hablar con usted.

El Camarada G. me llevó hasta el teléfono rojo (curiosamente, siempre había leído que era de otro color), que descolgó y se llevó al oído.

—¿Ronald? Soy Mijail, ya lo tengo aquí. —Y me tendió el aparato.

—Señor Presidente… —Dije con un hililllo de voz.

—¿Indiana Jones?

¡Oh, no! El también se confundía, como tantos y tantos otros.

—James, Señor Presidente, James. —Le corregí con amabilidad.

—Eso quería decir: Rambo Jones.

—Rambo, no, señor Presidente: Indiana.

—¡Lástima! Es un nombre bonito… —Alguien habló al Presidente, interrumpiendo su charla conmigo—. ¿Qué? ¿Cómo dice? Deje de molestarme, estoy hablando con el tipo ese que tiene nombre de Estado: Oregón, o Wisconsin, o Illinois…

Sí, ahora cuelgo y voy para allá. —Y volviendo a dirigirse a mí, me dijo—: Bueno, aventurero, recibe mis felicitaciones, y si vienes por Washington, acércate a tomarte unas copas. A Nancy le encantará conocerte. Ahora te dejo porque van a dar los Dibujos Animados. ¡Hasta la vista!

Y colgó.

El Camarada G. había servido unos vasos de Vodka, y me tendió uno.

—Me acaban de comunicar desde Moscú que un buen número de los «halcones» han sido detenidos. Ahora podremos hablar de paz, de desarme, de hermandad entre los pueblos… Gracias a usted… —me dijo—, hemos desenmascarado a todos los que pretendían perpetuar esta situación de equilibrio nuclear… ¿Brindamos?

—Por el futuro. —Dije yo.

—Por el hombre que me ha ayudado a desenmascarar a mis enemigos… ¡Por Indiana Jones!

¡Maldita sea! También él se confundía.

—Por Mijail «Gordichof». —Dije yo. Y mientras le veía enfurecerse, mientras observaba cómo la mancha de su calva se ponía aún más roja, me bebí el vodka de un solo trago.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver la novela Risa de difuntos. <<

[2] Ver Un autobús muy… espacial y Séptimo hijo de hijo séptimo, números 13 y 16 de ésta colección. < <

[3] Zenna Davis, es una «jefazo» de los periodistas del New York Times. Frecuentemente me ha sacado de problemas, y yo casi nunca he podido devolverle los favores recibidos. Para saber más cosas de ella, podéis leer cualquiera de mis novelas, aunque, como hace tiempo que no me atrevo a llamarla, será mejor que busquéis entre las primeras. < <

[4] Indy y el periodista juegan a imitar a Humphrey Boggart en «Casablanca». Las dos frases más famosas del guión de esta película son aquellas que dicen «Tócala otra vez, Sam» y «Si me necesitas, sílbame». (Nota del Traductor). < <

[5] Ver la novela El diente de perro, número 2 de esta colección. Os la recomiendo vivamente. Es una de las mejores 12. < <